

La Voluntad de Dios

Por Stuart Allen

Retirado de bibleunderstanding.com

Título original: The Will of God

Traducción: Juan Luis Molina

La Voluntad de Dios

Su necesaria evaluación

Esperamos escribir un cierto número de artículos sobre “La Voluntad de Dios”. Este es un tema un tanto complejo, tal vez de manera particular para los jóvenes creyentes. Para comenzar, debemos dejar claro que este no es un asunto tan simple como algunos puedan suponer – salvo en su aspecto fundamental, esto es, que “La voluntad de Dios es vuestra santificación”.

Sabemos bien que hemos sacado esta frase de su contexto inmediato en 1ª Tesalonicenses 4, en el cual se está hablando de la impureza moral. No en tanto, la santificación del creyente es, por encima de todo, la voluntad de Dios para él. Muchas son las referencias que resaltan dicha voluntad, por ejemplo, 1ª Pedro 1:15, 16:

- Como Aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque Yo soy santo.

En el contexto del conocimiento de la voluntad de Dios, Romanos 12:1, 2 es particularmente apropiado, pues nos describe los requisitos previos de dicho conocimiento:

- Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cual sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.

Que esto es algo particularmente importante se demuestra por el apelo que Pablo nos hace a “las misericordias de Dios”. Ciertamente no puede haber un apelo más fuerte para un creyente que las misericordias o consuelos de Dios, conllevando, tal como conlleva para con nosotros, la muerte del Señor Jesucristo en la cruz. Es por eso que en esta epístola Pablo le da un tan gran “peso” de las misericordias de Dios. En los capítulos iniciales trata con la liberación del creyente del pecado y su poder, con la justificación por fe, con la identificación del creyente con Cristo en Su bautismo en la muerte – o dicho de otra manera, con los muchos frutos que la muerte de Cristo nos trajo en nuestro favor.

Muy a menudo los capítulos 9 – 11 son referidos como siendo un paréntesis – siendo que el apelo regresa atrás y dice respecto al capítulo 8, sin embargo, ¿quién podría negar que estos tres capítulos tratan también con *las misericordias de Dios*? ¿Qué son estos capítulos sino la exposición abierta de las misericordias de Dios aplicadas dispensacionalmente? Al creyente se le recuerda la absoluta fidelidad de Dios a Su

Palabra y Pacto, por muy infiel que pueda ser el hombre; se le recuerda además la extensión de Sus misericordias a otros a pesar de, y de hecho, por razón de, el fracaso de Su Pueblo Elegido. Es en base de tales increíbles misericordias de Dios – “hablando como hombre” – que Pablo nos hace este apelo:

- Así pues, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional...para que *comprobéis* cual sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.

La mente precisa llegar a una *renovación* para que el creyente pueda evaluar cuál sea la voluntad de Dios. No tan solo para que pueda ser capaz de sopesar la situación y decidir, “Esta es la voluntad de Dios para mí”; sino además, y más importante, ser capaz de descubrir el “supremo valor” de dicha voluntad de Dios.

La palabra traducida “comprobéis” en la A.V. se puede utilizar del “análisis” que se hace a los metales para comprobar su valor. Nadie puede venir a saber cuán buena, cuán agradable y perfecta es la voluntad de Dios, a menos que se presente a sí mismo como un *sacrificio vivo* para Dios. Comprobamos la voluntad de Dios en su desempeño y realización.

Que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo. – La palabra traducida “presentar” se traduce “rendir”, “ceder” en la A.V., de Romanos 6:13, 19; y en este sentido implica que esta es, también, la voluntad de Dios para el creyente. El sentido primario es “permanecer al lado” (de ahí, rendirse, ceder), y en los días que vivimos, cuan esencial resulta que, en dicho rendirnos a las misericordias de Dios, nos quedemos además firmes a Su lado. A menos que estemos preparados para hacer esto, jamás estaremos en la posición para “evaluar” cuán buena, agradable y perfecta es Su voluntad. En Romanos 12:1, 2 Pablo menciona dos aspectos del *rendirse* – uno negativo, “no os conforméis”, el otro positivo, “transformaos”.

No os conforméis a este mundo. - o más exactamente, *no os conforméis a esta era.* Básicamente la palabra para *era* tiene el significado de “un largo periodo de tiempo”, pero un tiempo con límites bien definidos, y por tanto, de acuerdo al contexto, puede conllevar el significado de una *edad*, una *generación*, o mismo un *tiempo de vida*, y en el sentido posterior se está refiriendo a que nosotros no debemos: *conformarnos a (tomar la forma de) las cosas de vuestro tiempo de vida.*

En el transcurso de un tiempo de vida las cosas pueden mudar, y no siempre para

mejor. En el transcurso de nuestra propia vida hemos visto muchas modificaciones en conexión con la vida y el testimonio cristiano, según las modas y tendencias actuales, y conocemos por experiencia algunas de las presiones y corrientes, tanto deliberadas como accidentales, para conformarnos a las cosas del tiempo de vida de cada uno. La palabra “conformar” tan solo aparece dos veces en todo el Nuevo Testamento, y no se encuentra en la versión Septuaginta del Antiguo Testamento. La única ocurrencia restante está en 1ª Pedro 1:14:

- “Como hijos obedientes, *no os conforméis* a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia” – *no conformarse* a los anteriores deseos (la palabra no necesariamente implica la asociación con nuestro uso normal de los deseos de “lujurias”), cuando no conocíamos nada mejor. Sino antes bien, tal como Pedro continúa diciendo en el siguiente versículo:
- “Como Aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque Yo soy santo”.

La idea básica de “santo” es *separación* – “*Apartaos* de las cosas que había en vuestra anterior manera de vivir” es lo que Pedro dice actualmente, y este es el mismo pensamiento de Pablo cuando nos exhorta diciendo, “No os conforméis a las cosas de vuestro tiempo de vida”.

El *Léxico y Concordancia* del Dr. Bullinger define así “conformar”: “Formar, moldar o pulir una cosa según o igual a otra”. Tal vez podamos ilustrarlo de la siguiente manera: *no imitéis las cosas de vuestro tiempo de vida*. La palabra también tiene una implicación de *irrealidad y pretensión*, de ahí que podríamos decir: *No intentes ser lo que no eres; no pretendas ser como los demás*”, pues el creyente es una nueva criatura en Cristo; él no es de este mundo, y debería ser como Cristo. La palabra traducida “conformarse” es compuesta, *suschematizo*, siendo que el prefijo *su* es una forma de *sun*, significando *en conjunto con, juntamente*, toda la palabra, por tanto, significa aquí *moldarse uno mismo al mundo, en conjunto con el mundo*. El mundo juega su parte en este *moldarse* el creyente que desee a él conformarse, y al conformarse así, el creyente pasa a ser parte integrante del mundo.

¿Cómo puede el creyente hacer algo así, vivir más tiempo así? En Romanos 6:2 Pablo dice: “Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?”, y en Gálatas 6:14 se jacta: “En la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por Quien *el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo*”. Si el creyente verdaderamente está “en Cristo”, entonces el mundo está muerto para él, contempla todo en él como algo corrupto y sin

vida; sin embargo, él propio también está muerto para el mundo, nada hay en él ahora que corresponda a nada en el mundo. ¿Cómo podríamos realmente nosotros que estamos muertos para el mundo, o para las cosas de nuestro tiempo de vida, vivir más tiempo así? No os conjuntéis a los tiempos en los cuales vivís, apasionándoos por sus caminos...sino TRANSFORMAOS por la renovación de vuestra mente.

La transformación pareciera que se da en resultado de la renovación de la mente. Pero el original no pone “la renovación de vuestra mente” sino “la mente”: Renovaos *en la mente (transformada)*. Si nuestra mente “en Cristo” ya está renovada, entonces no puede ser la mente de la vieja naturaleza la que se revitaliza, y está claro que esa no es la idea del apóstol aquí. Hay un punto muy significativo en la palabra utilizada para “renovación” que es *anakainosis*, el significado posterior (*kainosis*) es “hacer nuevo”, mientras que *ana* indica un *movimiento ascendente* – una *nueva mente* que es *más alta*, siendo que toda la palabra tenga el significado de “hacer otra y diferente de la que había sido anteriormente”. **Nosotros tenemos la mente de Cristo**, dice Pablo en 1ª Corintios 2:16, y con toda seguridad es la *mente de Cristo* la que precisa ser constantemente mantenida y renovada en el creyente, transformándole así, de lo que era anteriormente, en la *nueva creación* que ahora es en Cristo.

Nada podremos aquí acrecentar sino que dicha *renovación de la mente de Cristo en nosotros* proviene como resultado de escudriñar las Escrituras, a través de la oración, y por asentar firmemente nuestros pensamientos en las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. El resultado será vidas transformadas.

Al igual que la palabra para *conformar*, esta palabra *transformar* es también de escaso uso en la Escritura. Aparte del uso en Rom.12:2, y tanto por Mateo como Marcos en sus descripciones de la Transfiguración del Señor Jesucristo, tan solo aparece en 2ª Corintios 3:18:

- Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta (sin velo) como en un espejo la gloria del Señor, somos *transformados* de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.

El rostro sin velo de Moisés reflejaba y brillaba con la gloria del Pacto Antiguo cuando regresó del monte. La vida del creyente debería reflejar y brillar con la gloria del Señor. Lejos de “igualarse al mundo”, el creyente debería ser “igual a Cristo”. El creyente que se iguala al mundo, que se conforma a las cosas y personas de su tiempo, es un creyente que no se ha *rendido* todavía a sí mismo en un sacrificio vivo para Dios.

Algunos años atrás un joven creyente, vestido con la indumentaria en moda de la escena pop, se excusaba de su apariencia y práctica clamando que era un gran sacrificio para él parecer así – “¡No me gusta aparecer así; pero lo hago para alcanzar a los no salvos!” Ahora bien, El polo magnético de mismo signo de un imán, jamás atraerá a un mismo polo. Todo lo contrario, lo repele. La *Companion Bible* define “transformar” así: “Modificarse en una nueva condición” – un pensamiento muy distinto de *imitar* al mundo, por mucho que se iluda uno pensando que así ha de venir a ganar a otros para Cristo.

Esta palabra contiene también su apropiada implicación – de *hermosura*. Pablo hace su apelo basándose en las compasiones de Dios para que el creyente viva una vida *hermosa* ante el Señor. Cuando recordamos las palabras del Salmista (29:2) “Adorad a Jehová en *la hermosura* de la santidad”, no cabe duda alguna de que Romanos 12:1, 2 es un apelo para una vida que es hermosa con *santidad* – hermosura en su *separación* de las cosas de esta vida. Una vez más, al igual que la palabra para “conformar”, la palabra traducida “transformar” también es compuesta: *meta-morphoomai*, *meta* teniendo el significado de “en la presencia de” o “en medio de”. La perfecta ilustración de toda la palabra tiene que encontrarse en el recuento de la Transfiguración, donde tanto Mateo como Marcos hacen la abierta declaración diciendo que Él “*se transfiguró* delante de ellos”. Él se modificó en una nueva condición delante de los discípulos, y en ese momento no se asoció con ellos de ninguna manera. Así es como el creyente debería modificarse en una nueva condición delante del mundo, bajo ningún sentido asociándose con él. No nos sorprende descubrir que la palabra utilizada por el apóstol Pablo sea exactamente la palabra empleada por los evangelistas describiendo la mudanza que tuvo lugar en el Señor: “No os conforméis, sino transfiguraos”. El Señor pasó a ser obviamente diferente de los discípulos; el creyente debería paulatinamente llegar a ser claramente diferente de aquellos que están en el mundo y son de esta era. Este es el deseo de Pablo para el creyente, que se vaya diferenciando de aquellos con quienes convive.

Ya hemos dicho que la relación del creyente para con la voluntad de Dios no es tan fácil como algunos puedan suponer. Esta Escritura lo deja bien claro: “Rendiros a vosotros mismos en un sacrificio vivo”. Es un sacrificio que persevera continuamente día a día, semana tras semana, mes tras mes, año tras año; hay un coste para el servicio razonable. Sin embargo, en comparación con las misericordias de Dios, y a la luz de la progresiva evaluación de que la voluntad de Dios es buena, agradable y perfecta, ¡Cuán pequeño es dicho coste! No obstante, el precio tiene que ser en primera instancia

calculado. Este aspecto debe ser confrontado antes que la transfiguración venga a iniciarse. El propio Señor confrontó esta cuestión antes de Su transfiguración:

- Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén, y padecer mucho de los ancianos, de los sumos sacerdotes y de los escribas; y ser muerto...seis días después...se transfiguró delante de ellos” (Mateo 16:21 y 17:1, 2).

Y allí, en el monte de la Transfiguración, se introdujo en una degustación del gozo que estaba puesto delante de Él: “Por el gozo puesto delante de Él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio” (Hebr.12:2). Él conocía la voluntad del Padre, sabía que era buena, agradable y perfecta, y que su cumplimiento tan solo podría resultar en gloria.

Considerando las misericordias de Dios, y el eterno peso de gloria que ha de resultar de nuestro cumplimiento de la voluntad de Dios para con nosotros, a pesar del sacrificio envuelto, deberíamos vivir una vida de transfiguración, la cual no deja de ser sino una degustación del gozo y la gloria que tenemos delante de nosotros.

¡Por las misericordias de Dios yo os ruego! ¡Qué gran compasión y misericordias nos ha mostrado Dios! Él entregó a Su Hijo por nosotros en Sacrificio por el pecado sobre la cruz; por la muerte de Cristo en la cruz fuimos justificados, por la fe, y se nos imputó la justicia de Dios; nosotros somos miembros de la Iglesia que es Su Cuerpo; por eso, somos bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales; nuestra esperanza es venir a ser manifiestos con Él en gloria. Esto nos da el aliento necesario para seguir enfrente. Pero todo comienza con la cruz; con el sacrificio de Cristo. Ciertamente, a la luz de un tal amor, de tal compasión y misericordias, no deja de ser sino nuestro razonable y lógico servicio, rendir nuestros cuerpos en un sacrificio vivo, separado, agradable para Dios, no conformándonos a esta era, sino siendo transformados por la renovación de la mente por nuestra evaluación, para venir a saber cuál sea la buena, y agradable, y perfecta voluntad de Dios.

Dos cosas distintas: Deseo y Determinación

Antes que podamos seguir adelante en nuestros estudios sobre *la voluntad* de Dios, será bueno que consideremos las dos palabras principales que se traducen “voluntad”. Para simplificar nos referiremos tan solo a los verbos en este particular: *thelo*, deseo, anhelo; *boulomai*, acordar, determinar, proponerse. Hay un marcado grado de intensidad

entre decir “quisiera poder...” y “estoy determinado a...” o “me propongo resueltamente a...”. La diferencia se ilustra claramente en Marcos 15:7-15. En las cuestiones puestas por Pilato al pueblo en los versículos 9 y 12 él emplea la palabra más débil “¿Queréis que os suelte al Rey de los Judíos?” Sin embargo, registrando el acto de Pilato en el versículo 15, Marcos usa la palabra más resonante, “Y Pilato *determinó* (o se propuso) contentar al pueblo, soltando a Barrabás...”. Tal vez podamos decir que *thelo* es una palabra neutra, mientras que *boulomai* es activa.

Después de la reunión del Sanedrín relatada en Juan 11, leemos (vers.53):

- Desde aquel día *acordaron* matarle.

El verbo “acordaron” (*bouleuomai*) tiene la misma raíz que *boulomai*. Está claro que *estaban determinados* a llevar a Cristo a la muerte, se *propusieron resueltamente* matarlo. Un ejemplo más de la fuerza del segundo grupo de palabras se encuentra en Hechos 15:37: “Bernabé, quería que llevasen consigo a Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos...Y (39) hubo tal desacuerdo entre ellos, que se separaron el uno del otro...”. Bernabé había tomado una firme decisión, y ni tan siquiera un ápice le movió de su propósito, de tal manera que se separó de su compañero Pablo. Tal vez nos sorprenda venir a saber que casi nunca se utiliza *boulomai* y sus asociadas palabras en conexión con la soberanía de Dios. Estas palabras se utilizan en el Nuevo Testamento entre 50 y 60 veces; sin embargo tan solo en 10 ocasiones en referencia al propio Dios; (estas diez referencias son Hechos 2:23; 13:36; 20:27; Rom.9:19; 1ª Corintios 12:11; Hebr.6:17; Santiago 1:18; 2ª Pedro 3:9; y Lucas 22:42, en la oración del Señor en el Getsemaní). En el último caso *La Companion Bible* sugiere: “Si es *Tu intención*, remueve esta copa de Mí”. Posiblemente podamos parafrasearlo así: “Si está de acuerdo con Tu propósito”.

Es provechoso e instructivo que observemos el resto de este versículo más de cerca:

- “Si está de acuerdo con Tu voluntad, quita esta copa de Mí; no obstante, que no sea Mi voluntad (o “deseo”) sino sea hecha la Tuya”.

Este versículo establece la relación entre el Padre y el Hijo, entre Dios y Su Siervo, y además entre nosotros que estamos “en el Hijo” y nuestro Dios y Padre. El propósito de Dios tiene que llevarse a cabo, nuestra voluntad y deseo debe estar sujeto a Su propósito. Tanto si oramos que Su voluntad sea hecha como si no, Su propósito llegará a cumplirse; si bien que ciertamente deberíamos orar para que Sus deseos se cumplan en la tierra entre los hombres.

En la “Oración del Señor” (Mateo 6:9-13; Lucas 11:2-4) la petición “Sea hecha Tu voluntad en la tierra así como en el cielo” tiene que ver con *el deseo* de Dios, no Su *propósito*. Su deseo era que llegase el Reino, y anhelaba llevarlo a cabo, sin embargo la respuesta de Israel fue muy escasa, la venida del Reino se quedó en suspense, y Su deseo por tanto quedó ignorado. Esta idea se expone en una comparación de 2ª Pedro 3:9 con 1ª Timoteo 2:4. Pedro, refiriéndose a la aparición de burladores que preguntan “¿Dónde está la promesa de Su venida?” dice en el versículo 9:

- “El Señor no retarda Su promesa...sino que...no queriendo que ninguno perezca...”.

El Señor no determina, o propone que alguno perezca. Aquí, ciertamente, está la respuesta para aquellos que dicen que hay los que están predestinados a perdición. Ese no es, dice Pedro, el propósito de Dios. Escribiendo a Timoteo, Pablo dice: “Dios nuestro salvador...el cual quiere que todos los hombres sean salvos, y vengan al conocimiento de la verdad”. Dios desea que todos los hombres sean salvos. Pero Dios le ha dado al hombre la libertad de escoger (no la libre voluntad, sino la libertad para alinearse a los deseos de Dios para el hombre, o recusarlos), y nunca sobrepasará dicha libertad.

Hablando de la soberana voluntad de Dios en Rom.9, Pablo refiere al Faraón (vers.17):

- “Porque la Escritura dice al Faraón: Para esto mismo te he levantado, para mostrar en Ti Mi poder, y para que Mi nombre sea anunciado por toda la tierra”.

Y continúa diciendo en el versículo 19:

“Pero me dirás: ¿Por qué, pues, inculpa? Porque, ¿quién ha resistido a Su voluntad?”.

Tanto si el Faraón se hubiese opuesto al deseo de Dios como si no, nada podría haber hecho oponiéndose a Su voluntad: “Ciertamente la ira del hombre te alabará” dice el Salmista (76:10). Si el propósito o voluntad de Dios pudiese resistirse e inutilizarse por el hombre, o cualquier otro ser, no podría haber la certeza, ninguna seguridad, ninguna salvación. Con el fracaso de Israel para venir a arrepentirse y recibir al Mesías, parecía que Satán había tenido éxito oponiéndose y anulando el cumplimiento del *propósito* de Dios. Sin embargo, por Su conocimiento de antemano, Dios estaba más que preparado. Ya había planeado cómo iría a superar el contratiempo. En términos de

nuestro sujeto, esto se ve claramente en Efesios 1:9-11:

- Dándonos a conocer el misterio de Su voluntad, según Su beneplácito, el cual *se había propuesto en Sí Mismo*, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos como las que están en la tierra. En Él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio (o el plan) de Su voluntad.

Dios nos ha dado a conocer lo que ahora se conoce como el “secreto abierto” de Su deseo, el cual *designó* “antes de la fundación del mundo” (versículo 4), un designio en armonía con Sus voluntad, y a Su beneplácito. Dios no fue “tomado de sorpresa”. Su deseo para con Sus criaturas les permitió un grado de latitud capacitándoles a frustrar Su deseo; pero, tal como ocurrió, dentro de la esfera de Su deseo, se halla además “el núcleo principal” de Su *propósito* que no puede ser frustrado, y es en armonía con este “núcleo principal” que Él opera todas las cosas. De ahí que, a seguir al fracaso de Israel de conformarse al *deseo* que Dios tenía para con ellos, Su *propósito* tuvo su seguimiento y vino a realizarse en la Iglesia que es el Cuerpo de Cristo.

No obstante, “¿Se ha olvidado Dios de Su Pueblo?” ¡No! Puesto que dentro de Su deseo para con Israel se halla el “núcleo principal” de Su propósito para cumplir con ellos los pactos, y con su antepasado Abraham:

- Así ha dicho Jehová: Si pudiereis invalidar Mi pacto con el día y Mi pacto con la noche, de tal manera que no haya día ni noche a su tiempo, podrá también invalidarse Mi pacto con Mi siervo David, para que deje de tener hijo que reine sobre su trono; y Mi pacto con los Levitas y sacerdotes, Mis ministros... Si no permaneciera Mi pacto con el día y con la noche, si Yo no he puesto las leyes del cielo y la tierra, también desecharé la descendencia de Jacob, y de David Mi siervo, para no tomar de su descendencia quien sea señor sobre la posteridad de Abraham, de Isaac y de Jacob. Porque haré volver sus cautivos, y tendré de ellos misericordia (Jeremías 33:20-26).

Tan solo hay dos Escrituras conllevando el uso de una palabra que tiene que ver con el *propósito de Dios* y que posiblemente se pueden aplicar a los miembros del Cuerpo de Cristo. La primera se encuentra en Santiago 1:18:

- “Él, de Su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de Sus criaturas”, o más literalmente “*habiéndose propuesto*”,

“*habiendo determinado*” hacernos nacer.

Dios no tan solamente deseó, o anheló que algunos naciesen con la palabra de verdad, pues así se habría dejado nuestra nueva naturaleza y nuestra salvación a merced de nuestros deseos, y nuestra respuesta, y habríamos sido salvos por nuestra propia decisión. Nosotros somos salvos según el *propósito* de Aquel que opera todas las cosas siguiendo el designio de Su Propia voluntad. Al igual que aquellos a quienes Santiago se dirige, de igual modo somos nosotros “nacidos” con la palabra de verdad, y si de ellos puede decirse que son una especie de *primicias* de Sus criaturas, ¿no podrá decirse, a la luz de Efesios, que nosotros somos “una especie de *primicias*” de “todas las cosas”?

En Hebreos 6:17 leemos:

- Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa de la inmutabilidad de Su consejo, interpuso juramento.

Queriendo Dios mostrar...la inmutabilidad de Su propósito; y por dicha inmutabilidad de Su propósito para con “los herederos de la promesa”, nos confirma la firme solidez de aquello que se propuso por nosotros. Tenemos todas las razones para vivir seguros y confiados, pues nuestra salvación depende solamente de Su propósito, y nuestra esperanza está asegurada por la “inmutabilidad de Su propósito”. Pero para aquellos cuya salvación es cierta, y cuya esperanza está asegurada, Dios tiene consigo ciertos deseos. Es a estos a quienes Pablo se dirige escribiendo en Rom.12:1, 2:

- “Para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”.

Ciertamente, como seres humanos, aun estando en la posición más ventajosa para conocer el propósito de Dios, nuestras limitaciones nos impedirían de “evaluarlo”. Precisamos ser capaces de descubrir el bueno y agradable y perfecto deseo de Dios para con nosotros, y por encima de todo, a medida que lo experimentamos, a medida que lo probamos, descubrir que es realmente, para nosotros, bueno, agradable y perfecto. Fundamentalmente este deseo es, como ya hemos visto en nuestro último artículo, nuestra *santificación*: “Este es el deseo de Dios, vuestra santificación”. Él desea que nos separemos y seamos distintos de cualquier cosa, y nos separamos para acercarnos a Él. A medida que, paulatinamente, nos vamos acercando a Él, iremos separándonos de aquellas cosas que no sean agradables para Él. Está claro, una persona puede alejarse de las cosas de la era presente y sin embargo no separarse para Dios. Tal persona bien puede tener consigo toda clase de razones para venir a separarse del mundo, realmente, ¿no es eso mismo lo que muchos “abandonados” procuran hacer? Han llegado a

desilusionarse por las cosas del mundo, están cansados con la corriente alocada de la vida moderna, y es por dichos motivos que se separan ellos propios, y no es raro que se separen para las drogas y cosas por el estilo. Dios desea que los suyos se separen *para Él*.

Santiago tiene una palabra de aviso que se aplica particularmente a algunas formas de “evangelismo”. En el capítulo 4:4 nos dice así:

- “¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que *quiera* ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios”.

Observemos que la palabra traducida “quiera” es la que hemos estado considerando mayormente en este artículo, *proponerse, intentar*. Cualquiera que intente ser amigo del mundo, nos dice Santiago, es enemigo de Dios. Ciertamente, una idea soberana, cuando hay tantos hoy en día apelando a una amistad con los que son del mundo, con el consecuente uso de los métodos del mundo, para que, afirman ellos, podamos llevarles el conocimiento del Señor Jesucristo. ¡No saben estos cuán próximos están de convertirse en enemigos de Dios!

Como comenzamos diciendo de inicio en el previo artículo, el conocimiento de la voluntad de Dios no es un asunto tan sencillo como algunos nos quieren hacer creer. Debemos distinguir entre Su *propósito*, y Su voluntad o *deseo*. A medida que seamos conscientes de Su *propósito* hallaremos seguridad, fortaleza y confianza en Él, y ciertamente al hacerlo así, vendrá a ser nuestro intento que Él cumpla Sus *deseos* para con nosotros. A la luz de Su propósito llevado a cabo plenamente en Cristo Jesús, las misericordias de Dios, deberíamos ofrecernos nosotros propios como sacrificios vivos, para que podamos cumplir Su deseo de separarnos para Él.

Esta es la Voluntad de Dios

En nuestro último estudio hicimos la distinción entre el deseo o anhelo de Dios, y Su propósito o intención. Para la mayoría de los creyentes el problema consiste en saber cuál sea el deseo de Dios para con ellos, en sus circunstancias particulares. Este no es un asunto sencillo, y en último recurso es una cuestión que el individuo tiene que decidir a la luz de su propio estudio y oración. Pero hay, no en tanto, ciertas líneas que nos servirán de guía en el Nuevo Testamento, las cuales serán provechosas a la hora de tener que tomar una decisión. Una vez leemos “Pues la voluntad (o el deseo) de Dios es...”

(1ª Tesal.4:3) y dos veces “Porque esta es la voluntad de Dios” (1ª Tesal.5:18 y 1ª Pedro 2:15). La primera ocurrencia concierne a la santificación, la segunda a dar gracias, y la tercera a nuestra sujeción a las autoridades legales.

Ya hemos considerado brevemente la santificación en un estudio anterior, y vimos que la santificación es un asunto de “separación”, y eso, no tanto para juntarnos a cualquier cosa, sino para Dios. A medida que nos vamos separando para Dios, iremos consecutivamente alejándonos de todas las cosas que le desagradan.

Así, además, la *santificación* es un asunto sobre el cual reina una gran cantidad de confusión. Hay algunos que creen que la santificación es una especie de “segunda bendición”, y que debe resultar en una “perfección sin pecado”; otros expresan la opinión de que ya están “santificados”, y que por tanto ahora ya pueden hacer lo que se les antoje; y por fin hay aquellos que toman esta experiencia como siendo una obra enteramente dependiente del creyente. Si bien en los tres haya algo de verdad, en cada una de sus posiciones, ninguno de ellos está completamente en lo cierto, y cada uno de ellos contiene su propio y particular peligro. Es verdad que el creyente ya está santificado, y Escrituras tales como 1ª Corintios 1:29-31 lo dejan claro:

- A fin de que nadie se jacte en Su presencia. Mas por Él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos *ha sido hecho* por Dios...santificación...para que, como está escrito: El que se gloria, gloriése en el Señor.

En la misma epístola Pablo se dirige escribiendo (vers.2): “A la iglesia de Dios que está en Corinto, a los *santificados* en Cristo Jesús, llamados a ser *santos*...”. El original nos muestra una íntima asociación entre las palabras para “santificados” y “santos”, de tal modo que debería traducirse: “A los que están *santificados* en Cristo Jesús, llamados “*los santificados*”. Sin embargo, estos *santificados* son, tal como venimos a descubrir a medida que vamos leyendo la epístola, acusados y culpables de *inmoralidad*, y de tal orden “cual ni aun se nombra entre los Gentiles” (5:1). No obstante, son denominados de parte de Dios *santificados*. Es muy significativo que de todas sus cartas, tan solo en esta, a una iglesia que es particularmente tan carnal e inmoral (3:1, 3) resalte tanto Pablo el hecho de que “estén santificados”. Parece claro que su propósito es alentarlos a reconocer el hecho de su santificación *en Cristo Jesús*, y así llegar a vivir de acuerdo a tal hecho, esto es, vivir en la práctica aquello que son en Cristo a los ojos de Dios. Después de haberles expuesto y aconsejarles con sus divisiones, su inmoralidad, sus litigios en los tribunales y sus injusticias en general en el capítulo 5 y la primera parte del 6, continúa diciendo:

- Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido *santificados*, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios (versículo 11).

De tales personas el apóstol pudo decir, “vosotros estáis santificados” pero obviamente no estaba satisfecho con sus conductas, pues continúa diciendo:

- Todas las cosas me son lícitas, mas no todas convienen; todas las cosas me son lícitas, pero yo no me dejaré dominar de ninguna.

Si bien fuera cierto que debido a que eran santificados y justificados “todas las cosas le eran lícitas”, no obstante, “no todas las cosas eran convenientes”, y no debían estar bajo la influencia o el control de ninguna de aquellas cosas que, en otro tiempo, ejercían tanto poder e influencia sobre sus conductas. La razón por eso es que “ya no eran de ellos propios, sino que por precio fueron comprados”. Pablo les recuerda que la suprema motivación para con sus conductas debería ser las “misericordias de Dios” (Rom.12:1), “por tanto”, les dice, “glorificad a Dios en vuestro cuerpo”.

La motivación para la manera de vivir del cristiano es la gloria de Dios. La palabra para “gloria”, *doxa*, tiene que ver con opinión, juicio, reputación; de la misma raíz proviene también *doxoo*, “lo que otorga a la persona el carácter de ser de esta o aquella manera”. De ahí que, cualquier cosa que pueda estar envuelta en el significado de “gloria”, tiene mucho que ver con *el carácter de Dios*. La vida del creyente debería estar de acuerdo con el carácter de Dios. Ya no depende de lo que yo desee hacer, sino que es una vida que, gradualmente, irá revelando más y más el verdadero carácter y reputación de Dios. No hay ninguna esfera de vida que esté exenta de dicho estándar tan alto. Como alguien escribió:

- “Así pues, hay aquellos (a) que no aceptan a Cristo y están sujetos a ser siervos de los deseos de sus propias mentes y cuerpos y (b) los que han aceptado la soberanía de Dios y se han sujetado para una vida de unidad y obediencia a Dios a través de la operación de Su Espíritu trabajando con el espíritu del creyente”.
- “¿Cuál es la visible diferencia que hay entre (a) y (b)? Medita sobre esto por ti mismo. Mayormente, será una selección de amigos, pasatiempos, material de lectura y revisión. Asegúrate que estas cosas son agradables al Señor, especialmente tus pensamientos. Tus pensamientos son un libro abierto para Él. La asignación de tu tiempo y dinero; la elección de la pareja de matrimonio; todos estos son asuntos que deberías traer delante del Señor en oración. Si confiamos

que Él nos dará la respuesta a Su tiempo cierto, y además hemos seguido esta guía, entonces podemos estar seguros de que nuestras vidas serán transformadas. Si elegimos las cosas del Espíritu, los vacíos placeres de la vida perderán su influencia, y serán reemplazados tanto por el más duradero regocijo del conocimiento de Dios como por una consciente participación en Su voluntad”.

Este tipo de vida es muy “distinta” que la vida vivida por la mayoría de la gente al día de hoy. Es una vida de completa honestidad delante de Dios; cuán fácil es convencerse uno mismo de que una actividad en particular es agradable para el Señor, y que será provechosa para Su gloria, cuando en realidad estamos simplemente racionalizando nuestros propios deseos. Es una vida que, a los ojos del mundo, es estrecha, y debemos estar preparados a ser conocidos como “estrechos mentales”; sin embargo, es una vida que gradualmente se va llenando con el gozo del Señor. Es una vida en la cual cada detalle se somete a la aprobación de Dios. Este es el deseo de Dios, tu *santificación*.

En 1ª Tesalonicenses 5:18 leemos:

- Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús.

Aquí tenemos un aspecto del deseo de Dios para Su gente que generalmente pasa inadvertido. Dios desea que le agradezcamos todas las cosas; no meramente aquellas que disfrutamos, no tan solo agradecidos en los asuntos en los cuales tengamos éxito y prosperemos, no solo dar gracias en aquellos momentos cuando todo corre sobre ruedas; sino además en las cosas que no disfrutamos, en aquellos asuntos en los cuales nos asiste el fracaso y la pérdida, en aquellos momentos en los cuales parece que todo nos corre mal. ¿Damos gracias en todo?

Entre las respuestas que el Salmista da a su propia cuestión: “¿Qué pagaré a Jehová por todos Sus beneficios para conmigo?” (Salmo 116:12) está la siguiente: “Te ofreceré sacrificio de alabanza (dar gracias), e invocaré el nombre de Jehová” (17). Llega a ser muy significativo cuando nos damos cuenta que aquí la “alabanza” significa “ofrecer en sacrificio la acción de gracias”. Ser agradecidos puede ser costoso. En el Antiguo Testamento esto se reconoce en la ofrenda de un animal sin mancha, como ofrenda de paz para dar gracias. Todo por tanto en la acción de gracias está marcado con un precio. Puede ser que haya tiempos cuando no nos “sentamos” agradecidos a Dios debido a las varias experiencias que estemos atravesando, no obstante, tenemos todas las razones para ser agradecidos en todo momento, porque:

- Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a Su propósito han sido llamados (Rom.8:28).

Esta no es una fácil lección a aprender; bien puede llevar una vida entera. Sin embargo, tenemos todas las razones para “dar gracias en todo”. Somos inclinados a pensar que dar gracias debe siempre surgir de un “sentimiento”, sin embargo, el agradecimiento del creyente debería nacer por sentimiento alguno, sino del hecho de su conocimiento, aun mismo en dichas circunstancias, pues sabe que Dios en todo momento y circunstancia continúa operando para su bien.

- *Dad gracias en todo, porque este es el deseo de Dios en Cristo Jesús para con vosotros.*

La tercera referencia que tenemos que ver (1ª Pedro 2:15) hace particular referencia a ser sumisos con cada criatura humana por causa del Señor; tanto si sea el rey...como los gobernadores. Pedro también conlleva el mismo pensamiento que encontramos en Pablo en cuanto a la *santificación*:

- Porque esta es la voluntad de Dios, que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos; como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios (1ª Pedro 2:15, 16).

“*Un pretexto para hacer lo malo*”. - La idea es que, debido a la libertad que posee el creyente en Cristo, algunos pueden llegar a pensar que ya no están bajo la obligación de obedecer a las autoridades humanas, y al comportarse así, acatarán ellos propios la posición de los que están fuera de ley, y vendrán a parecer tan malos como ellos. Pero, aunque es cierto que el creyente de algún modo ya no esté “bajo la ley” y pueda por tanto estar libre de toda ordenanza humana, como siervo de Dios, no en tanto, debe sujetarse a sí mismo bajo toda ordenanza humana por causa del Señor. El pensamiento es similar al de Pablo en Rom.13, donde (vers.1) leemos:

- Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas.

Y Pablo continúa en el siguiente versículo diciendo:

- De modo que quien se opone a la autoridad, *a lo establecido por Dios* resiste.

A la hora de someterse, por tanto, a las “autoridades que hay”, el creyente se somete a Dios, y de ese modo estaremos muy próximos de la intención Suya, esto es, de

que en todo debemos siempre procurar la gloria de Dios. Tanto Pablo como Pedro, en lo que dicen ambos sobre este asunto, son bastante claros e inequívocos, de tal modo, que hay quienes afirmen expresando la opinión de que “toda ordenanza del hombre” debería ser obedecida sin cuestionar nada, aun mismo las que estén en contra de las ordenanzas de Dios. Sin embargo, si observamos detalladamente Rom.13:1-7, llega a ser evidente que Pablo asume, por causa del argumento, que la “autoridad” no ha de abusar o corromper el “poder” que le haya otorgado Dios. En el versículo 4 leemos:

- Porque *es servidor de Dios para tu bien*. Pero si haces lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, pues *es servidor de Dios*, vengador para castigar al que hace lo malo.

Y de nuevo en el versículo 7:

- Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que respeto, respeto; al que honra, honra.

Pedro concluye su exhortación al sometimiento para con toda ordenanza del hombre en 1ª Pedro 2:17:

- Honrad a todos. Amad a los hermanos. *Temed a Dios*. Honrad al rey.

Respetar a todos; amar a los compañeros creyentes; **temer a Dios**; respetar al rey. En este contexto, ciertamente tan solo a una conclusión se puede llegar, esto es, la sumisión del creyente a Dios sobrepasa su sumisión a todo los demás. Si la autoridad superior abusa del poder que posee y le fue otorgado por Dios, de tal modo que obligue a sus súbditos a emprender cualquier cosa opuesta con la conocida voluntad de Dios, entonces el siervo de Dios debe *temerle a Él*. Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres. La declaración del propio Señor Jesucristo tiene que ser conclusiva:

- No temáis a los que matan el cuerpo; mas el alma no pueden matar; temed más bien a Aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno (Mateo 10:28).

Siempre que haya un conflicto de sumisión, entonces la sumisión debe ser dirigida al más Grande, a Dios Mismo.

Someteos...pues este es el deseo de Dios. El deseo de Dios es que cada uno de nosotros viva momento a momento “como *para el Señor*, y no para los hombres”; Él deseo Suyo además es que *demos gracias en todo*, sabiendo que todas las cosas nos ayudan a bien; y por último, Él desea que nos sujetemos a las autoridades superiores

que hayan recibido dicha autoridad de Su parte, sujetándonos así, tan solamente, cuando sus ordenanzas no entren en conflicto con las de nuestro Padre celestial.

El libre albedrío humano

En cualquier estudio de la Voluntad de Dios, más tarde o temprano tendríamos que considerar la respuesta del hombre. Generalmente a esto se denomina como “el libre albedrío” por los escritores teólogos y cristianos. Se toma como axiomático que la voluntad del hombre es libre. Sin embargo, debemos saber que la expresión “libre voluntad” o “libre albedrío” no son términos Escriturales; ni tampoco lo es, por esa vía, la alternativa “libertad de elección”. Todos estos términos representan el intento del hombre para expresar un aspecto fundamental de la situación humana. Pero todavía está por descubrir si es que sean precisos y exactos. No podremos seguir adelante en nuestra consideración de este tema sin que primero que nada procuremos descubrir si es que la voluntad del hombre sea o no libre.

Pablo, en Gálatas 4:3, le dice a los creyentes a quienes escribe que en algún periodo de sus experiencias, “nosotros...estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo”: nosotros estábamos esclavizados. Un poco más de luz sobre el asunto nos llega por Rom.6:17-18:

- Pero gracias a Dios, que aunque *erais esclavos* del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a *ser siervos* de la justicia.

Erais esclavos del pecado...vinisteis a ser siervos de la justicia.

El *Léxico Crítico* del Dr. Bullinger define *doulos* (esclavo) en los términos siguientes:

- “Un esclavo, uno que está *obligado a servir*...uno *cuya voluntad* y capacidades se encuentren totalmente *al servicio de otro*...el *doulos* se emplea hablando del más bajo rango de servilismo...” (Las itálicas son nuestras).

¡Vuestra voluntad y capacidades estaban totalmente al servicio del pecado! ¿Dónde está por tanto *el libre albedrío* o *la libre elección*? - Una de dos, o bien esclavos para servir al pecado, o entonces esclavos para servir a la justicia. (La experiencia del creyente es que, en el último caso, no siempre cumple con su esclavitud. Este punto lo

discutiremos más tarde.).

Pero se podría argumentar que, al menos, en el jardín del Edén, Adán y Eva sí que tuvieron libre albedrío, y libertad de elección. ¿Será cierto? Génesis 2:16, 17 nos dice:

- Y **mandó** Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres ciertamente morirás.

¡La libertad para comer de todo árbol fue ordenada por Dios! ¡La prohibición para abstenerse del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal fue ordenada por Dios! La palabra para “*mandó*” se traduce así por encima de 400 veces, las restantes cerca de 60 traducciones alternativas conllevan todas el sentido subyacente de *mandato*, por ejemplo, *encargo*, *prohibición*, etc. Aun mismo en el Edén le fue ordenado al hombre ejecutar lo correcto, y abstenerse de lo equivocado.

- Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría, y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella (Gén.3:6).

Inmediatamente, de acuerdo con el mandamiento que Dios les había dado, “la muerte *se introdujo en el mundo por el pecado*” (Rom.5:12). Desde ese instante mudó radicalmente la situación. Hasta que la muerte no llegó y se introdujo en el mundo “por un hombre”, Adán y Eva fueron “libres” para hacer la Voluntad de Dios en el sentido de que, para obedecerle, *nada tenían que hacer*. La única opción restante era desobedecerle, y para llevar a cabo dicha desobediencia tendrían que *actuar*, y desde el instante en que *actuaron*, un reverso de la situación tuvo lugar. *La Versión Concordante* del Nuevo Testamento traduce Rom.5:12 así:

- “Por tanto, así como a través de un hombre el pecado se introdujo en el mundo, y a través del pecado la muerte, así la muerte vino a introducirse en toda la humanidad, y por lo cual todos pecaron...”.

El resultado “natural” de la introducción de la muerte en el mundo por el pecado, fue que todos los hombres pecan: El resultado del pecado es muerte, porque “la paga del pecado es muerte” (Rom.6:23). En consecuencia de la Caída, la humanidad permanece en la más amarga esclavitud, esto es, el círculo vicioso del pecado que da lugar a la muerte. Desde que tuvo inicio dicha secuencia el hombre nunca más fue libre. En su esclavitud, el hombre es libre para pecar, libre para desobedecer a su Creador: No

precisa hacer nada para permanecer en rebelión, y la vida de obediencia está por encima de sus capacidades. Ni en el Edén, ni en ningún otro tiempo desde entonces, tiene el hombre o ha tenido por tanto *libre voluntad*.

El libre albedrío implica que el hombre puede hacer cualquier cosa, pero tal y como hemos visto, el hombre ha estado en todo tiempo confinado de tal modo que, en el mejor de los casos, se pueda jamás decir que tenga libertad de elección. En ninguna esfera de la vida es capaz el hombre de hacer ninguna o cualquier cosa. Una muy obvia ilustración de este punto es *el medio ambiente* donde, en la opinión de una mayoría, se ha alcanzado ya el nivel más crítico. El hombre ha espoliado persistentemente la naturaleza, y ahora no hace otra cosa sino cosechar lo que ha sembrado. Se ha sugerido que la atmósfera está ya, hasta tal punto corrompida, que tan solo resta oxígeno para veinte años más. Si bien esta pueda ser una conclusión de pánico, lo cierto es que el Mar Mediterráneo se está convirtiendo en una gran cloaca, habiendo ya producido la muerte en muchas de sus playas y algunas vastas áreas de su vegetación. El hombre ha violado y sigue violando la voluntad de Dios en las leyes de la naturaleza: Si las leyes de la naturaleza se obedecen, todo está bien; pero si las leyes de la naturaleza se ignoran, el desastre que de ahí resulta es inevitable. Hay muchas y diferentes maneras de ignorar las leyes de la naturaleza, pero el resultado es siempre el mismo – el desastre. En la esfera del medio ambiente tan solo hay dos opciones en abierto para el hombre: Adherir a las leyes de la naturaleza...o, escoger antes el desastre.

El “libre albedrío” sujeto al hombre es muy limitado: él tiene, básicamente, la elección entre dos vías, una resulta en bendición, la otra en desastre. A través de toda la Biblia, a través de toda la experiencia e historia humana, esto permanece siendo real y cierto. La elección del hombre está entre bendición y desastre, salvación o perdición. Al hombre, en una determinada situación, bien puede parecerle que haya muchas vías, sin embargo, esencialmente, tan solo hay dos salidas: El camino de Dios, o el camino del hombre.

La elección para Israel está claramente definida en Deuteronomio 30:15-19:

- Mira, Yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal; porque Yo te mando hoy que ames a Jehová Tu Dios, que andes en Sus caminos y guardes Sus mandamientos, Sus estatutos y Sus decretos, para que vivas y seas multiplicado, y Jehová tu Dios te bendiga en la tierra a la cual entras para tomar posesión de ella. Pero si tu corazón se apartare y no oyeres, y te dejares extraviar, y te inclinares a dioses ajenos y les sirvieres, Yo os protesto hoy que de cierto

pereceréis; no prolongaréis vuestros días sobre la tierra adonde vais, pasando el Jordán, para entrar en posesión de ella. A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición...

Aunque pudiera haberles parecido a algunos de los que escucharon estas palabras que era una elección de uno de los muchos dioses, fue simple y realmente una elección entre el único Señor Dios verdadero y la adoración de la falsedad. Una elección similar se le ofreció a la nación posteriormente por Josué:

- Si mal os parece servir a Jehová, escogeos hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres...pero yo y mi casa serviremos a Jehová (Josué 24:15).

De nuevo la elección se interpuso por Elías en el Carmelo (1ª Reyes 18) donde la indecisión aparece como costumbre (vers.21):

- ¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él.

La indecisión es tanto la marca de esclavitud de la voluntad del hombre como además de su permanencia en rebelión. Esto lo deja ver claramente el Señor Jesucristo: “El que no es conmigo, contra Mí es” (Mateo 12:30).

Tal como hemos sugerido ya anteriormente, Adán y Eva no precisaban hacer nada para permanecer “con” Dios, tuvieron que *actuar* para desobedecer; el hombre hoy en día no precisa hacer nada para permanecer en rebelión. Adán y Eva tuvieron que escoger para seguir adelante en enemistad con Dios; el hombre hoy en día debe decidir si quiere seguir adelante con Dios. Pero esa misma elección significa que la correcta decisión pondrá al hombre en contra de la corriente principal de la vida en la tierra, pues en añadidura a la esclavitud de su voluntad se halla el más grande desaliento y enemistad del camino de vida de cuantos le rodean.

El Hombre Cristo Jesús escogió el camino de Dios, eligió la voluntad de Dios. En el pozo de Sicar, cuando los discípulos, trayéndole comida, se cuestionaban si es que “alguno ya le habría llevado algo de comer”, Él les respondió: “Mi comida (o Mi alimento necesario) es hacer la voluntad de Aquel que Me envió y que acabe Su obra”. Hacer la voluntad de Su Padre era más importante para Él que cualquier otra cosa. El resultado de Su elección fue venir a ser, “Despreciado y desechado entre los hombres,

varón de dolores, experimentado en quebranto” (Isaías 53:3).

Él se ocupó en hacer la voluntad de Dios, escogió la voluntad de Dios, e inevitablemente toda la influencia de una raza caída se puso inmediatamente en enemistad con Él. En Él nada hubo en respuesta a dicha influencia, en nosotros a tal punto nos dejamos influenciar que rápidamente desistimos de realizar el bien que deseábamos. Cuando elegimos la voluntad de Dios en vez de la nuestra propia, la magnitud del obstáculo se torna aparente. Descubrimos con Pablo que “el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo”. Algunos han sugerido que esta sería la experiencia de Pablo *antes de su conversión*; no en tanto, ¿es posible para alguno cuya voluntad está en esclavitud escoger la voluntad de Dios?

- “Yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado” (Rom.7:25).

Aquí tenemos a uno cuya voluntad se había visto libre de la esclavitud del pecado y la muerte, cuya voluntad se halla ahora al servicio de la justicia, cuyo clamor, por causa del conflicto, es “¡Miserable de mí!”.

Pablo no tenía dificultad alguna deseando lo que era bueno – “la voluntad estaba a la mano”, tal como él confiesa, “pero hacerlo, no”. Con todo su corazón deseaba hacer la voluntad de Dios, pero a pesar de todo descubrió una ley, “que, cuando quiero hacer el bien, el mal está presente en mí”. Sin embargo, una vez que se deleitaba en la ley de Dios según el hombre interior (vers.22), debido a que su deseo era hacer la voluntad de Dios, descubrió que “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Rom.8:1).

El deseo por la voluntad de Dios se cuenta por justicia. Esta no es una fácil vía para escaparse del problema. No significa que el creyente pueda ahora hacer lo que le plazca. ¿Cómo sería posible que el hombre que desee con todo su corazón llevar a cabo la voluntad de Dios, siga ahora llevando su propio camino? Esta flexibilidad del problema se reserva para la persona que tenga un definitivo, casi desesperado, deseo por la voluntad de Dios; esto es, para quien con el apóstol repita en eco su mismo clamor “¡Miserable de mí!” – una frase que podría tal vez traducirse: “¡Qué hombre tan sufridor que yo soy!”. El conflicto entre el deseo por la voluntad de Dios, y la incapacidad de “venir a realizar lo que es bueno” da lugar a la angustia de espíritu. Para los tales, para aquellos que verdaderamente desean “lo que es bueno” se escribe y está cierto Rom.8:28: “Todas las cosas ayudan a bien a los que aman a Dios, a los que conforme a Su propósito son llamados”, y la voluntad, el deseo entonces se cuenta por lo que es

bueno.

Esta gran doctrina de la justificación por fe suaviza la ansiedad del problema, capacitándonos, en adición al deseo de la voluntad de Dios, para fijar nuestros ojos y mentes en las cosas de arriba, no en las de la tierra (Colos.3:2); capacitándonos para mantenernos fijos en Cristo, y a vivir con Él el conflicto y el problema, puesto que Él nos ha hecho libres (Gálatas 5:1). Y una vez que nuestras mentes se ven libres del conflicto y la ansiedad, estando fijas en las cosas de arriba, Dios entonces “opera en nosotros tanto el querer como el hacer por Su buena voluntad” (Filip.2:13), y lo realiza en nuestro vivir diario.

No puede estar carente de significado que aquello que Dios opera en nosotros comience con la voluntad, esto es, con el deseo o el querer. ¿Libre albedrío? ¡No! ¿Libre elección? – mismo aquí no nos parece que nuestro querer sea libre, sino cuando se liberte por la operación que Dios lleva a cabo en nosotros. Poseemos una intuición, una inclinación natural para ir en contra de Dios. Por eso es que nosotros, naturalmente, libremente escogemos aquello que está en oposición a la voluntad de Dios. Aun mismo cuando por la fe estamos “en Cristo”, al mismo tiempo que podamos desear la voluntad de Dios, nuestra voluntad no sabe “cómo realizar lo que es bueno”, pues no es suficientemente libre, ya que en la carne “no habita nada de bueno” (Rom.7:18).

Además de la oposición de la carne, tenemos también la oposición exterior, la influencia e enemistad de la raza caída entre la cual vivimos. La libre voluntad, la libre elección, viene a ser posible tan solamente en proporción a la medida en la cual rindamos nuestros cuerpos en un sacrificio vivo, santo, aceptable para Dios...para que podamos probar (o evaluar) cual sea la buena, y agradable, y perfecta voluntad de Dios (Rom.12:1, 2). Así pues, a medida que nuestras mentes se van viendo libres de la esclavitud del pecado y de la muerte, nos sometemos a nosotros mismos al servicio de la justicia y de Dios, “Dicho servicio es la perfecta liberación”.

El hombre natural no conoce la libre voluntad o de elección. La liberación de la esclavitud del pecado y la muerte nos llega tan solamente a través de la cruz del Señor Jesucristo, cuando venimos a ser siervos de justicia; y entonces, junto con el Apóstol Pablo, nos deleita denominarnos a nosotros propios *los esclavos siervos de Jesucristo*.

Los Diez Mandamientos

Sería extraño que Dios que no hubiese dejado claras ciertas explícitas indicaciones de Su voluntad a Su antiguo Pueblo que estaba bajo Su tutela. Estas indicaciones las encontramos en la Ley. Para el propósito que tenemos en vista, es posible que podamos ubicar la Ley del pacto bajo tres divisiones: El ceremonial o ritual, la dieta y los Diez Mandamientos.

En cuanto al ceremonial o ritual, claramente ha sido todo cumplido en Cristo y era obviamente una sombra de aquello que *estaba por venir*. La dieta puede considerarse fuera del alcance de este estudio, pues es un tema o sujeto que rara vez, si es que alguna, se plantea como un punto de discusión o disputa. Así pues, tan solo nos resta, los Diez Mandamientos.

Hay algunos creyentes que están convencidos que los Diez Mandamientos son tan obligatorios de guardar hoy en día como lo fueron para quienes se dieron por primera vez, mientras que, por otra parte, hay aquellos que están firmemente convencidos que los Diez Mandamientos fueron incluidos entre las “ordenanzas hechas de manos que estaban contra nosotros” y las cuales Cristo tomó consigo “quitándolas y clavándolas en la cruz” (Colos.2:14). Este tema por tanto no es de ningún modo una cuestión de poca importancia para los miembros de la Iglesia que es el Cuerpo de Cristo: ¿Estamos bajo la obligación de observar los Diez Mandamientos? Procuraremos abordar esta cuestión por dos vías:

- ¿Qué se dice, si es que algo se dice, en las epístolas en prisión en conexión con los Diez Mandamientos, y
- El buen uso, el uso “lícito” de la Ley.

El primer mandamiento declara:

- Yo soy Jehová tu Dios...No tendrás dioses ajenos delante de Mí (Éxodo 20:2, 3, vea la nota de *La Companion Bible*).

Lo que aquí se adjunta se declara como un hecho por Pablo en Efesios 4:6: “Hay... Un Solo Dios y Padre de todos”. Ningún miembro del Cuerpo de Cristo sería posible que discutiese esto, ni podrá tampoco reclamar con la libertad que tiene mantener consigo cualquier otro dios. Así pues, la voluntad de Dios concerniente a la relación existente entre Él Propio y Su gente de todas las dispensaciones está muy clara: *Hay un solo Dios*.

“No te harás imágenes” dice el segundo Mandamiento, “ni ninguna semejanza de lo

que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra”. Pablo, no en tanto, aun va más lejos en su declaración: “Ningún...avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios” (Efesios 5:5; Colos.3:5). Codiciar o ser avaro de cualquier cosa es hacer de dicha cosa un dios, un ídolo. Tal vez aquí tengamos un caso en el cual precisemos ejercitar un particular cuidado debido a la influencia de una sociedad tan materialista en la cual vivimos.

“No tomarás el nombre de Dios en vano”. - Entre aquellas cosas “que están sobre la tierra” y tienen que ser mortificadas (Colos.3:5, 8) Pablo incluye la “blasfemia”. Esto, le dice a Timoteo, es una señal de los peligrosos últimos días (2ª Timoteo 3:1, 2), indicando que habrá “hombres que se amarán a sí mismos...amantes de los placeres más que de Dios” (versículos 2, 4). En medio de tal circunstancia, está claro, es muy poco probable que el nombre de Dios y todas las cosas sagradas sean considerados con reverencia. Así tampoco, querríamos pensar, incluso teniendo en cuenta la influencia que sobre todos nosotros ejerce la sociedad impía que nos rodea, desearía cualquier miembro del Cuerpo de Cristo hablar a la ligera, o sin reverencia, de Dios.

De todos los Diez Mandamientos, el cuarto es aquel que más se discute en lo que respecta a los miembros del Cuerpo Único. Pero hay ciertos puntos que tienen que ser observados: el cuarto Mandamiento es tanto (y tal vez más) un mandamiento a “trabajar seis días”, un punto que vale la pena señalar al día actual, cuando la semana laboral se va haciendo gradualmente más corta e incluso el crecimiento nominal de Dios va menguando en su lugar. Además, el énfasis está en recordar el día de reposo (*sabbath*) para guardarlo en sagrado:

- Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo, y lo santificó.

El *sabbath*, como tal, es por tanto antes que nada una ordenanza de la creación, y a seguir, después de los seis días de trabajo, una bienvenida oportunidad para que el hombre descansa de sus labores, del mismo modo como Dios reposó de los suyos. Los comentarios del Dr. Bullinger en *Los Números en las Escrituras* son muy provechosos aquí:

- “Además, el hombre parece haber sido hecho en lo que podríamos denominar el principio del *séptimo día*. En variadas enfermedades, el séptimo, décimo cuarto, y vigésimo primero son días críticos, y en otras, siete o catorce medios días. El pulso del hombre bate en correspondencia al principio del séptimo día, pues el Dr.

Stratton señala que, durante seis días en siete, bate dicho pulso más rápidamente en la mañana que en la tarde, mientras que, en el séptimo, bate más despacio. Así pues, el número siete se encuentra estampado en la fisiología, y de esa manera se amonesta, en cuanto al hombre, a reposar un día en siete. No puede violar esta ley quedándose impune, ya que está entrelazada en su propio ser”.

El hombre, por tanto, habiendo sido hecho en el principio del “séptimo día”, no debe sorprenderse al descubrir que al Pueblo de Dios le fuese encomendado, en esta relación en pacto con Dios, “a guardar el día de reposo” después de seis días de trabajo. Pero, ¿cuál debe ser nuestra actitud para con el “sabbath”? Pablo tan solo se refiere una vez en las epístolas en prisión a dicho día, en Colosenses 2:16, “que nadie os juzgue... respecto a día santo, ni luna nueva o de días de sabbath (reposo)”. Los asuntos de los cuales se estaba refiriendo son, nos dice él, “una sombra de las cosas venideras; pero el cuerpo (o sustancia) es de Cristo”: “Que nadie os juzgue”; pero, precisamente, ¿qué es lo que Pablo nos quiere decir con esto? El significado primario de “juzgar” (*krino*) es “separar, dividir, poner aparte: de ahí, desechar o despojar. “Que nadie os deseche... respecto a un día santo, etc.”. Los principados y potestades, quienes, parece ser, tenían alguna jurisdicción o autoridad en estas materias, fueron “despojadas”. De hecho la deducción sugiere que antes del triunfo de la cruz, estos principados y potestades colgaron al propio Cristo de manera adversa; a estos, “despojó” como a un vestido, despojándose a Sí Mismo de sus influencias. Habiendo hecho esto, se mostró a ellos abiertamente, revelándoles cuan “pobres y débiles” cosas son, mostrándoles que las áreas en las que habían tenido influencia no dejaban de ser sino meras sombras de la realidad que en Él Mismo se hallaba (Colos.2:15). Que nadie os *deseche* “en cuanto a las sombras”.

Unos cuantos versículos a seguir (Colos.2:20) Pablo cuestiona la sujeción de los creyentes a las ordenanzas que son de acuerdo a preceptos y enseñanzas de hombres. Aquí tenemos, sin duda alguna, el quid de la cuestión: Es un error que el creyente esté sujeto a las opiniones de los hombres, y que livianamente y sin pensar adopte una serie de actos o una manera de vivir simplemente porque otras personas, aunque sean otros cristianos, “establezcan imponiendo la ley” en el asunto. Existe el peligro de que el miembro del Cuerpo de Cristo venga a errar por ir del extremo de “Haz esto” a “No hagas esto” y viceversa, pasando a estar así de igual modo “sujeto a las ordenanzas de acuerdo a los preceptos y enseñanzas de hombres”.

Nosotros estamos libres “con la libertad que Cristo nos ha hecho libres”; libres para hacer la voluntad de Dios. Estamos libres de la esclavitud de la ley del sabbath, o del

primer día de la semana (el domingo); el propio hecho de que haya la posibilidad de elección sobre este punto indica que la esclavitud ha sido removida. Pero, ¿cuál debe ser nuestra actitud hacia “la observancia del domingo”? Ya hemos visto que “el hombre parece haber sido hecho sobre lo que podríamos denominar el principio del *séptimo día*”, y por tanto precisa, físicamente, un día de reposo en siete: ¿No es igualmente cierto que él pueda precisar una similar oportunidad para su espíritu? C. H. Welch nos dice al respecto (página 316 de su libro *El Justo y el Justificador*):

- “Si bien el creyente hoy en día no esté en peligro de juzgar o despreciar en todo cuanto se refiera a los “alimentos”, hay muchos que aquí adoptan la actitud condenable (Rom.14) con respecto a la observancia del así mal denominado “Día del Señor”. Aquellos de nosotros que somos libres de la tradición concerniente a la observancia, tanto del día de sabbath como el Primer Día de la Semana, deberíamos recordar que somos llamados a respetar las conciencias de aquellos quienes, aunque “débiles”, “consideren el día *para el Señor*”. No es la primera parte de la frase lo importante, es la segunda parte: “para el Señor”.

Siguiendo su discurso sobre la cuestión de los alimentos y la observancia de los “días” en Rom.14, Pablo continúa diciendo en el capítulo 15:

- Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno, para edificación. Porque ni aun Cristo se agradó a Sí Mismo...

Y de nuevo, en el Volumen 11, pag.27, del *Expositor de Berea*, C. H. Welch nos dice:

- “No estamos obligados a guardar ningún día en particular (esto no nos da licencia a ultrajar el sentimiento de otros creyentes concerniente al domingo), sino que agradecidamente procuramos andar como es digno delante del Señor y de nuestros compañeros”.

Nos hemos estado ocupando en cierta medida con el Cuarto Mandamiento porque creemos que este es un asunto de particular relevancia en los días actuales que vivimos. La vía en la cual tratemos el domingo puede tener una gran influencia sobre nuestro testimonio como creyentes.

Siguiendo en frente, por tanto, al Quinto Mandamiento: “Honra a tu padre y a tu madre”, descubrimos que el Apóstol hace una específica referencia a esto en Efesios 6:1-

3 y Colosenses 3:20 y es digno de observación su comentario en la primera: “Que es el primer mandamiento con promesa”. De igual modo debe observarse el comentario en Colosenses 3:20: “Porque esto agrada al Señor”. Aquí, al menos, hay un mandamiento que debe ser considerado como una indicación de lo que es “agradable para el Señor”, y por tanto de Su voluntad para Su gente.

Si bien es cierto que no hay ninguna mención específica al *homicidio* en las epístolas en prisión, hay que tener en cuenta que el Señor Jesucristo dijo:

- Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás...Pero Yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio (Mateo 5:21-22).

Efesios 4:26, 31 y Colosenses 3:8 nos dejan ver claramente que la ira y el enojo, la raíz del homicidio, no tienen lugar en la vida del miembro del Cuerpo de Cristo.

Lo mismo sucede con el robo: “Aquel que hurtaba, no hurte más” (Efesios 4:28).

De manera similar sucede con el falso testimonio, Efesios 4:25 nos exhorta a poner de lado la mentira y a hablar verdad cada uno con su prójimo.

La codicia o avaricia es doblemente condenable, tanto como codicia en sí como idolatría.

Clara y lógicamente, nueve de las Diez Palabras deberán ser cumplidas por los miembros de la Iglesia que es el Cuerpo de Cristo. Siendo este el caso, ¿habría alguna buena razón de por qué el Cuarto Mandamiento deba ser una excepción? No obstante, ¿por qué deberíamos estar obligados por cualquiera de los Diez Mandamientos cuando Cristo ya nos ha hecho libres de la Ley? Escribiendo su primera carta a Timoteo Pablo nos da la respuesta (1:8-11):

- Pero sabemos que la ley es buena, si uno la usa legítimamente; conociendo esto, que la ley no fue dada para el justo, sino para los transgresores y desobedientes, para los impíos y pecadores, para los irreverentes y profanos, para los parricidas y matricidas, para los homicidas, para los fornicarios, para los sodomitas, para los secuestradores, para los mentirosos y perjuros, y para cuantos se opongan a la sana doctrina

Así que la ley no es para el “justo”, sino antes bien para los “injustos”. El principio se exhibe en Rom.3:31: “¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley”. Es decir, ya no estamos más sujetos a la ley, sin embargo

nuestra conducta no hace con que la ley quede anulada; antes bien le da a la ley su verdadero sentido para con aquellos que se diseñó, esto es, “los transgresores”, etc. Tal vez podamos aclarar la diferencia refiriéndonos a Gálatas 4:1-7. Antes de la “redención” que es en Cristo Jesús nosotros éramos *infantes* (mejor que “niños” como en la Reina Valera), pero una vez que “Dios envió a Su Hijo...para redimir a los que estaban debajo de la ley”, nosotros hemos recibido “la adopción de hijos”, y ya no somos siervos, sino libres herederos. “La Ley fue nuestro ayo (maestro de escuela)” (Gálatas 3:24). Esta es la diferencia entre la inmadurez del *infante* y la responsabilidad del hijo ya maduro; la posición posterior reposa sobre una apropiada conducta sin necesidad por la disciplina de la ley. La razón para la existencia de las leyes en nuestra sociedad generalmente se debe a la irresponsabilidad de muchas personas. Por ejemplo, el conductor responsable conducirá naturalmente despacio cuando atravesase una zona que esté en construcción, pero hay muchos que no lo hacen así, y como resultado tuvo que establecerse una ley para restringir la libertad del “transgresor”. Esta ley no fue dada para el conductor maduro respetador de la ley, sino para los que quiebran la ley. Pues del mismo modo aquellos que están “en Cristo” no están sujetos a la ley, pero eso no les da licencia para quebrar la ley, ni significa que se comportarán de ese modo, pues si así lo hacen se contarán ellos propios entre el número para los cuales fue prescrita la ley.

¿Qué creyente puede haber que quiebre voluntariamente los Diez Mandamientos? ¿Conocemos algún creyente que tenga consigo otro dios al mismo tiempo que al único y verdadero Dios, o que adore una “imagen de piedra”, o que reclame el derecho a cometer adulterio o a portar falso testimonio? ¿Por qué entonces debería haber alguno que se prive del privilegio otorgado por nuestra sociedad por un día de reposo en siete: una oportunidad que nos priva del reclamo específico del vivir diario por adoración, meditación en la Palabra de Dios, comunión con otros creyentes, una oportunidad para un “día de reposo y gratitud?”

Nosotros no estamos sujetos a un tal día, no somos obligados a guardar un día por encima de otro, ni tampoco si lo guardamos tenemos que encubrirlo con todo tipo de pesadas restricciones. Pero una vez que nueve de los Diez Mandamientos son claramente la expresión del deseo de Dios para con nosotros, ¿por qué debería aquel único (el cuarto) no ser también Su deseo para con nosotros? Parece claro, por tanto, que en los Diez Mandamientos tenemos depositados para nosotros los principios básicos de la Voluntad de Dios, y que, si bien no estemos ya más “bajo la ley”, los miembros del Cuerpo de Cristo se deleitarán con el salmista de la antigüedad, haciendo Su voluntad. Pues fue por esta razón que Dios:

- Nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él en amor; habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos Suyos por medio de Jesucristo según el puro afecto de Su voluntad, para alabanza de la gloria de Su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado (Efesios 1:4-6).

Dios nos ha dado el privilegio de ser Sus hijos en Cristo para que seamos santos y sin mancha delante de Él en amor, para la alabanza de la gloria de Su gracia, para los tales...no hay Ley.

El Camino de la Responsabilidad

En el último artículo sobre “La Voluntad de Dios” hicimos una referencia a la *adopción*, o “posición como hijos”. Sugerimos entonces que esto conlleva dentro una *responsabilidad*, y es precisamente sobre este tema que deseáramos razonar más detalladamente en este corriente artículo que ahora presentamos.

Comenzamos esta serie de estudios considerando una sección, esto es, Rom.12:1, 2, donde se incluye la exhortación a ser “transformados por la renovación de vuestro entendimiento con un objetivo, “para que podáis comprobar cuál sea...la voluntad de Dios”. Por eso, tal como vimos, deducimos que, *la renovación de la mente*, es de suma importancia: tanto para descubrir como para confirmar cuál sea la voluntad de Dios en cuanto a su realización.

Probablemente, la mente de cada uno sea la que juegue el papel más importante a la hora de discernir la voluntad de Dios; y en la vida del cristiano en general, es más preminente de lo que podríamos pensar. No obstante, al contrario de lo que podría parecernos a primera vista, éste conocimiento que adquirimos por la Escritura, no es una salida fácil para escaparnos de los problemas que enfrentamos a la hora de discernir cuál sea el cumplimiento de nuestra parte de la voluntad de Dios.

Parte del problema que enfrentamos se nos indica Rom.8:5-8:

- Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque los que viven según la carne no se sujetan a la ley de Dios, *ni tampoco pueden*; y los que viven según la carne: no pueden agradar a

Dios.

En este pasaje el nombre y verbo traducido “ocupación” y “pensar” tienen ambos el significado de “aquello que uno tiene en mente”, de ahí, “considerar, ocupación”, esto es, lo que está en cuestión es *el contenido* de “la mente”.

“Los que andan *según* la carne...los que andan *según* el espíritu...”. – El significado de la griega *kata* traducida “según” es el de “andar junto con”; aquellos que andan junto con la carne se comparan en oposición con los que andan junto con el espíritu; y es aquí, en esta contradicción que enfrentamos todos los creyentes, donde se nos revela una verdadera tragedia: Es bien posible para los creyentes que han experimentado la regeneración por el Espíritu Santo “andar junto con la carne”.

Hay aquellos de quienes Pablo dice en Filipenses 3:18, 19:

- Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo; el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza, que solo piensan en lo terrenal.

El deleite de los pensamientos de estos creyentes está, o va junto con: “las cosas terrenales”; estos creyentes son quienes, en el contexto del capítulo, tienen “confianza en la carne” (vers.3), esto es: procuran vivir la vida cristiana en la sabiduría y fortaleza de la carne, pero, “Son enemigos de la cruz de Cristo”; puesto que, “la mente carnal es enemistad contra Dios”.

La idea primaria por detrás de “enemistad” es algo “opuesto, odioso, adverso”. No admira nada por tanto que, el Apóstol, hablando de los tales, lo haga “aun llorando”, pues aquí tenemos, no incrédulos, sino creyentes hermanos cuyas mentes están llenas con asuntos odiosos para Dios, y por tanto se oponen a la cruz de Cristo.

El fin de estos creyentes hermanos, dice llorando Pablo, es la práctica “perdición”: ¿Por qué? porque todavía no han dispuestos sus corazones a lo que nos enseña Dios el Padre: No están listos para “dar todas las cosas como pérdidas para ganar la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús”, y si continúan así, al final, estos hermanos creyentes, aunque sean salvos, en el cumplimiento de sus vidas no obtendrán nada sino perdición, pues habiendo solo sembrado para la carne, de la carne tan solo segarán corrupción (Gálatas 6:8).

Hermano mío: ¡Cuán triste es que muchos anden así!

Ahora bien, pero hay también los que “andan *kata*, o junto con” la nueva naturaleza generada en el creyente por Dios. Y estos tales, ocupan su *pensar* con las cosas espirituales (Rom.8:5). Gracias a Dios descubrieron que “*tener una mente espiritual es vida y paz*”. De todo esto se adquiere una clara deducción, ciertamente: que si nuestras mentes están ocupadas con las cosas espirituales, venimos a descubrir que andamos haciendo la voluntad de Dios, puesto que las cosas del espíritu son las cosas de Dios. Es precisamente el mismo verbo “pensar” (*phroneo*) que utiliza Pablo en Filipenses 2:5:

- “Haya pues en vosotros este sentir (pensar) que hubo también en Cristo Jesús”.

El Apóstol dice: “Permitid que esta disposición, intención, o propósito esté en vosotros, lo cual estuvo también en Cristo Jesús”; o dicho de otra manera, “permitid que el contenido de vuestras mentes sea el mismo que el contenido Suyo”.

Está claro que el contenido de Sus pensamientos, de Cristo Jesús, era “las cosas de arriba”. No sorprende, por tanto, descubrir que Pablo está usando el mismo verbo en Colosenses 3:2: “Poned la mira en las cosas de arriba”, esto es, “Que las cosas de arriba ocupen vuestros pensamientos, no las de la tierra”.

El versículo anterior tal vez nos aclare más lo que conlleva “poned la mira en las cosas de arriba”, dice así: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios”. “Procurad, indagad, inquirid” por tanto, las cosas que están arriba.

Obviamente que esto conlleva esfuerzo y ocupación de tiempo. El aspecto pasivo de todo esto es que deberíamos rellenar pensando nuestras mentes de *las cosas de arriba*, y el activo sería que escudriñemos, que nos ocupemos con diligencia indagando las cosas de arriba.

Ninguno que sea como los de Berea precisará ser exhortado para llevar a cabo este cometido, ninguno de cuantos procuren imitar a los de Berea de Hechos 17:11, quienes “*escudriñen* las Escrituras diariamente para ver si es que estas cosas son así”, necesitarán que se les recuerde este asunto, pues todos ellos están absortos en el tesoro que Dios en sus Espíritus les muestra.

Una palabra distinta se utiliza para “escudriñar”, pero es tan enfática o más en su significado que “investigar”. Para ver el énfasis que nuestro Dios pone en esta palabra, una vez más tenemos resaltado dicho *celo escudriñando* en conexión con las Escrituras y las cosas de arriba en 2ª Timoteo 2:15:

“Procura *con diligencia* presentarte aprobado ante Dios”.

Está muy claro que, en el contexto de “dividir correctamente la palabra de verdad”, se halla envuelto el estudio personal, pero además se requiere *la diligencia*; no basta estudiar con el propósito de preparar una enseñanza de domingo, y así no tener que volver a “escudriñar” hasta que haya de nuevo otra audición en otro domingo después. Por eso se requiere además *la diligencia*, tomándonos el tiempo necesario *para las cosas del espíritu*, y algunas veces haciendo el esfuerzo, individual y por separado para con Dios y en Dios en Su Espíritu puesto nuevo dentro de nosotros, para diariamente examinar la Escritura.

Precisamos, por tanto, disponernos, tener el deseo de tener esta “mente lista” en nosotros, “la cual también estaba en Cristo Jesús”. Precisamos mentes que se ocupen así con las cosas y voluntad de Dios, de tal forma, que nada podamos considerar tan querido como para separarnos de las cosas del espíritu.

Ahora bien, si encontramos esta prospectiva desalentadora, si desfallecemos pensando así, recordemos que, aquel mismo Pablo que nos exhorta diciendo, “Haya en vosotros esta manera de pensar”, él propio también dijo:

- No que yo lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que *prosigo*, por ver si logro asir aquello para lo cual también fui asido por Cristo Jesús (Filip.3:12).

De nuevo vuelve a resaltar la nota de *diligencia* en la palabra que utiliza para “proseguir”, una palabra que muchas veces se usa para “perseguir”. Pablo ponía todo el celo e intensidad necesaria, la persistencia y la paciencia que es la marca de un *perseguidor*, con el fin y objetivo de *lograr alcanzar* aquello para lo cual había sido él propio “asido por Cristo Jesús”. Pero, podríamos pensar, ¿no había ya logrado hacer lo suficiente? - Ya había, nos dice, dado todo lo relativo a la carne, en lo cual podría estar confiado, como “pérdida”, y las consideraba como basura para poder ganar a Cristo. Sin embargo, su completa y prevaleciente pasión es, nos dice:

- Que pueda llegar a conocerle, y el poder de Su resurrección, y la participación de Sus padecimientos, llegando a ser semejante a Él en Su muerte (Filipenses 3:10).

Y continúa diciendo (15-17):

- Así que, todos los que somos perfectos (maduros), esto mismo sintamos (pensemos);...Hermanos, sed imitadores de mí.

Venid a ser compañeros imitadores míos, teniendo esta “misma mente”.

Así como Cristo estaba completamente devotado a la mente de Dios, así Pablo estaba completamente devotado a la mente de Cristo, y deseaba que los demás creyentes se mantuviesen del mismo modo, esto es, devotados a la mente de Cristo.

Pablo pudo haber dicho, probablemente con una intocable devoción, “Con la *mente* yo propio sirvo a la ley de Dios”. Pero aquí usa una palabra distinta para “mente”: *nous*, es el órgano del *pensamiento moral*. Es aquello que se rellena, tanto con la “mente carnal”, como con “la mente del espíritu”. Esta es una palabra que él utiliza cuando dice: “nosotros tenemos *la mente de Cristo*” (1ª Cor.2:16).

La Companion Bible hablando sobre Rom.7:25 incluye el siguiente comentario:

“mente = de hecho, la mente (la nueva naturaleza)”

Es esto a lo que Pablo se refiere en Romanos 12:2 y dice que precisa ser “renovado”, para que seamos así transformados, para que podamos “comprobar cuál sea la buena, agradable y perfecta voluntad de Dios”.

Está también muy claro por los dos primeros versículos de Romanos 12 que la renovación de la mente viene a medida que *presentamos nuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo y aceptable a Dios, que es nuestro culto (servicio) racional*. Como creyentes que somos, tenemos la responsabilidad de comprobar que el contenido de nuestras mentes, la manera de “pensar”, es digna de la “mente” que se nos ha ofrecido. Esta mente, el órgano de nuestros pensamientos y entendimiento, puede ser fortalecida y nutrida si la ocupamos con “aquellas cosas que son de arriba”; y ciertamente, estará asfixiada y debilitada si se ocupa con las cosas “que están sobre la tierra”. Así pues, mientras más se ocupen nuestra manera de pensar con *las cosas del espíritu*, más efectiva pasará a ser, y más seguramente cumplirá los deseos de Dios para con nosotros. Pero si constantemente se ocupa con las cosas terrenales, esto es, con la “mente de la carne”, no debemos sorprendernos si descubrimos una gran dificultad con respecto a la voluntad de Dios.

Alguien dijo una vez, “Ama a Dios, y haz lo que te dé la gana”: Si amamos a Cristo Jesús lo suficiente como para contar todas las cosas como pérdidas para llegar a adquirir su conocimiento, si nuestras mentes están completamente absortas con Él, entonces las cosas que hagamos serán de tal orden que le agradarán naturalmente.

En el primer artículo señalamos que en Romanos 12:2 (en la A.V.) sería más

preciso traducir "la renovación de entendimiento" que con el artículo, "la mente" o "el entendimiento", y que la palabra "renovación" incluye la preposición *ana*, que, en una palabra compuesta, obtiene el significado de finalidad, esto es, "*para, hacia, hasta*", de ahí que tenga un sentido de objetivo, esto es, para, hacia o hasta *fortalecimiento*. La mente del creyente precisa ir siendo fortalecida, lo cual aprendemos en el Espíritu se realiza estando *ocupada con las cosas de arriba*. Esto resulta tanto en la transformación de la vida, como además en la comprobación de cuál sea la buena, y agradable, y perfecta, voluntad de Dios.

Sin embargo, muy pocos de nosotros alcanzamos el estándar que Pablo nos pone delante en Filipenses 3, y, como hemos visto, ni tan siquiera él propio se sentía satisfecho en este respecto. ¿Estamos pues condenados a una vida cristiana en la cual simplemente lo único que logramos sea "enredarnos"? ¿Debemos por tanto "hacer lo mejor que podamos" y conformarnos dejando las cosas así? ¿Será que nunca podremos venir a agradar a nuestro Dios cumpliendo Sus deseos para con nosotros? - Es exactamente en este crítico punto que la gran doctrina de la Justificación por Fe viene en nuestro socorro. Porque en Romanos 12 leemos del conflicto entre "el bien que yo quiero" y "el mal que no quiero". Las dos cosas cohabitan juntas en el creyente. La solución está en el versículo 25:

- Así que yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado.

Pablo, finalmente, en el siguiente capítulo aclara el asunto:

- Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la voluntad de Dios, *ni tampoco pueden*; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios (Rom.8:5-8).

Aquí tenemos una clara negación de la idea erróneamente atribuida por muchos a la doctrina de la Justificación por la Fe, esto es, aquí se desmiente y niega la idea de cuantos afirman que, *una vez justificados*, podemos ahora hacer lo que nos dé la gana, viviendo una vida carnal. Aquí se desmiente, porque se nos dice que todos aquellos cuyas "mentes" se ocupan con las cosas de la carne: "*no pueden agradar a Dios*".

Está muy claro, por deducción, que la mente que sirve a "la ley de Dios", es una

mente que se ocupa *con las cosas del Espíritu*. Si nuestros pensamientos y nuestros deseos están dirigidos a agradar a Dios, entonces, **y solo entonces**, nuestros esfuerzos, nuestras intenciones, nuestro querer hacer, son tanto aceptes como agradables al Señor. Tal como alguien lo expuso una vez:

- “La Voluntad de Dios para con nosotros es que deberíamos añorar hacer la voluntad de Dios”.

Resumiendo y concluyendo: Nuestras “mentes” y nuestra manera de “pensar” deberían dirigirse a Dios, y afirmarse en “las cosas de arriba”; pues, de cada uno de nosotros se dice:

“Cual es su pensamiento en su corazón, tal es él” (Proverbios 17:7).

El creyente es aquello que sus pensamientos son. ¿No soy yo mejor que mis pensamientos? ¡No! ¡Qué gran desafío es este para todos nosotros! La responsabilidad de nuestros pensamientos recae directamente sobre nosotros mismos.

Y para terminar este artículo: Es cierto que no podemos evitar que nos lleguen pensamientos errados a nuestras mentes, pero somos responsables si los mantenemos constantemente. Se dice que Lutero afirmaba:

- “No podéis detener a los cuervos posándose sobre vuestras cabezas, pero sí podréis evitar que hagan nidos en vuestros cabellos”

Muchos pensamientos, en el transcurso del día, vienen a nuestras mentes por “el mundo, la carne y el diablo”, tenemos la responsabilidad de no darles la bienvenida en nuestros pensamientos. Nuestra responsabilidad para con Dios es ser capaz de decir entonces con Pablo:

Yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios.

El Andar Condigno - Enseñanza práctica

En el transcurso de nuestros estudios sobre este importante tema, hemos ido cubriendo una variedad de aspectos, sin embargo, todavía nos queda ocuparnos con el difícil problema de relacionar personalmente la Voluntad de Dios. Tal vez no haya mayor énfasis puesto sobre “el andar digno” que en nuestra propia comunión. Pero, ¿qué es el “andar condigno”? ¿Qué consejo podríamos darle que le capacite al joven creyente

en la fe alcanzar un *andar condigno* con su llamamiento? ¿Qué práctica enseñanza puede darse para lograr este fin? Al presente hay una gran demanda en los círculos cristianos para “ser prácticos”, pues, consideramos que tan solo una vida práctica puede ser la que constituya un tal andar. Por eso hay una gran demanda, pues se argumenta que si la fe cristiana significa alguna cosa, debe ser practicable. Es una demanda que pone en oposición la enseñanza “práctica” y “doctrinal”. Pero, ¿hay dos tipos de enseñanza: una “práctica” y la otra “doctrinal” o dogmática? Aunque a los estudiantes de teología se les enseña *dogmática y ética*, esto no sirve de prueba alguna de que las dos puedan ser separadas, y de hecho una tal doble mentalidad puede llevar a graves errores y consecuencias. En la teología Católica Romana dicha división, surgiendo por la asumida necesidad de una guía práctica, ha dado lugar por ejemplo a la distinción entre pecados “mortales” y “veniales”. Citamos de un libro Católico autorizado de instrucción:

- “En el mundo, caer en pecado mortal significa ser castigado con el fuego del infierno, al tiempo que el pecado venial se castiga con el fuego del purgatorio... Ninguna cantidad de pecados veniales, por grande que sea, destruirá en sí la gracia de Dios en el alma, o convertirse en pecado mortal”.

Así pues, una clase de pecado, destruirá “la gracia de Dios en el alma”, mientras que otro tipo de pecado, sin importar cuán a menudo se cometa, ni cuan numeroso pueda ser, no podrá por sí hacerlo. Sin embargo Rom.3:23 define al pecado afirmando que “destituye de la gloria de Dios”, y de hecho, una de las palabras del pecado, tal vez la que más frecuente se utilice, tanto en el hebreo como en el griego, significa “errar el albo”, o “quedarse corto” como cuando se lanza una flecha y no se llega a acertar en la diana. La “enseñanza práctica” católica por tanto concluye que podemos “errar el albo”, o “quedarnos cortos” (y al mismo tiempo y de nuevo) sin sufrir eternas consecuencias.

Pero efectivamente, nada importa que la cuerda que lancemos a un hombre ahogándose se “quede corta” por una pulgada o por una milla: El hombre se seguirá ahogando. El “Pecado”, que sea “grande” o “pequeño” (a los ojos del hombre), es un asunto muy serio, y cualquier distinción que surja por el deseo de ser guiados de una manera “práctica”, tan solo pretende menospreciar la gravedad del pecado. La única solución “práctica” para el problema del pecado es doctrinal:

- La Sangre de Jesucristo (el Hijo de Dios) nos limpia de todo pecado.

Ni el sufrimiento del purgatorio, ni las llamas del tradicional “infierno” pueden tratar con el pecado. Sin embargo, el deseo por una enseñanza y guía “práctica”, un deseo que procura evitar la responsabilidad personal, tan solo nos guía a un error doctrinal muy grave. En otras áreas estas enseñanzas “prácticas” también conllevan muy serias consecuencias. Todos hemos oído hablar del líder que, en una Clase Bíblica, recomendaba que antes de condenar cualquier cosa, precisáramos nosotros mismos previamente haberla experimentado. Su aviso todavía se repite, es cierto, en el contexto de películas: Así que este tipo de líderes aconsejan a sus oyentes a ver dichas películas, tales como “La Naranja Mecánica” o “El Exorcista” antes que las condenen. Una joven creyente, siguiendo este consejo, vio la última película referida, y con la experiencia se vio gravemente disturbada durante bastante tiempo después. Realmente bien pudo venir a condenarla por la *experiencia personal*, pero a un precio tan costoso para sí misma que todavía no ha sido plenamente saldado. Unos años atrás una joven mujer, de unos dieciocho años o por ahí, trabajando entre drogadictos, concluyó siguiendo este consejo que podría ayudar mejor y de manera más “práctica” si tuviese consigo la tal *experiencia personal*. Acabó muriendo de una manera horrorosa como drogadicta ella misma.

La enseñanza “práctica” puede contener algunas muy graves e inesperadas consecuencias. Sin embargo, claro está, si es que estos estudios han de ser de valor, entonces deben ser prácticos, y además deben dar la “práctica enseñanza” relativa al *andar digno* del creyente, y especialmente al creyente que sea miembro de la Iglesia que es el Cuerpo de Cristo.

En el deseo de andar condignamente, hay aquellos que lo consideran envuelto con “las buenas obras”. Los tales valorarán la ayuda prestada y relativa a la adicción de drogas, el alcoholismo, el “abandono” social, los presos criminales, o cualquier otra esfera de ocupación en servicio que sea popular. NO ESTAMOS DICIENDO QUE NO HAYA LUGAR PARA LAS BUENAS OBRAS EN EL SENTIDO ACEPTO DE LA EXPRESIÓN; pero bien podemos llegar a descubrir que “las buenas obras” a las cuales el creyente es exhortado Escrituralmente no tengan nada que ver necesariamente con las que popularmente se sugieren que sean. La cuestión que se pone muchas veces es esta: “¿Cómo va a saber el mundo de nuestra fe, aparte de las buenas obras, si no mostramos nuestro amor?” Sin embargo, ¿A quién se le dice al cristiano que ame?” Al darles la que nadie puede negar “enseñanza práctica” a Sus discípulos poco antes de Su muerte, el Señor Jesucristo dijo:

- “Si Me amáis, guardad Mis mandamientos” (Juan 14:15). En el siguiente capítulo, versículo 12, dijo: “Este es Mi mandamiento, que os améis unos a otros, tal como Yo os amé”.
- Y de nuevo en Juan 13:34, 35: “Un nuevo mandamiento os doy: Que os améis el uno al otro, como Yo os amé: que también os améis unos a otros. Por esto conocerán que sois Mis discípulos, SI VOSOTROS TENÉIS AMOR EL UNO AL OTRO”.

Todo el Nuevo Testamento está lleno de expresiones similares. En la primera Epístola de Juan predomina el pensamiento:

- “Y este mandamiento hemos recibido de Él: Que aquel que ama a Dios, ama también a su hermano”.

Y muchos le dan vueltas a la cuestión: “¿Quién es mi hermano?” Juan también responde a esta pregunta en su primera Epístola (5:1):

- “Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por Él”. Pablo también señala un énfasis similar sobre el amor de unos a otros; por ejemplo, 1ª Tesalonicenses 6:9:
- Pero acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que yo os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros.

Tal vez lo más próximo que Pablo nos diga acerca del amor o del cuidado por *todos* los hombres esté en Gálatas 6:10:

- Así que según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y *mayormente a los de la familia de la fe*.

Así pues, nosotros tenemos un primario cometido por el bienestar de nuestros *compañeros creyentes*; pues aun cuando se mencionan “todos los hombres” el énfasis se pone “especialmente sobre los que hacen parte de la familia de la fe”. Además, es bastante frecuente que al creyente se le pida que muestre su amor por Dios a través de su amor por otros. Sin embargo, ¿Qué dice la Escritura?

- “En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, *cuando amamos a Dios* y guardamos Sus mandamientos” (1ª Juan 5:2).

Tan solo sabemos que realmente amamos a nuestros hermanos en Cristo cuando amamos a Dios y le ponemos en primer lugar. ¡Cuán a menudo “otros cometidos” pueden llegar a ser los medios por los cuales negamos la comunión con nuestros compañeros creyentes! ¡Cuántos ministros han llegado a quedarse desanimados por la falta de apoyo debido a “otros compromisos”! A su vez, piden con insistencia a sus congregaciones que se ocupen en dichos compromisos (como los anteriormente citados *servicios populares*), los cuales tanto les desanima a ellos; y los que se ocupan con tales cometidos se ven privados ellos propios del servicio realmente necesario: Amar a Dios sobre todas las cosas.

Es cierto que Pablo estaba hablando de “otro Cuerpo” de creyentes, pero sus palabras en 1ª Corintios 12:25, 26 son muy pertinentes también para la situación de los miembros del Cuerpo Único:

- “...que los miembros todos se preocupen los unos por los otros. De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan”
- “Porque somos miembros los unos de los otros” (Efesios 4:25).

En el contexto de nuestra relación con el “hermano débil” Pablo dice:

- “Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí” (Rom.14:7).

Como creyentes y miembros del Cuerpo de Cristo nosotros no podemos vivir aislados: cada miembro precisa “aquello que cada coyuntura suple”; cada miembro, estando en una correcta relación de comunión con Cristo, la Cabeza, es un medio por el cual se ministra el crecimiento espiritual a sus miembros compañeros. Pero podría argumentarse que en Mateo 5:44 el propio Señor parece ir más lejos sobre esta cuestión:

- Pero Yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen.

Estas palabras, no en tanto, aparecen en el Sermón de la Montaña, en el cual el Señor exponía las leyes para la introducción del Reino, y tuvieron lugar al inicio de Su ministerio terrenal, cuando dicho Reino y Su Rey todavía no habían sido repudiados por los Judíos. Después de Su repudio, y justo antes de Su crucifixión, leemos:

- Esto os mando: Que os améis unos a otros. Si el mundo os aborrece, sabed que a Mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes Yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de las palabras que Yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a Mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado Mi palabra, también guardarán la vuestra. Mas todo esto os harán por causa de Mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado (Juan 15:17-21).

Al tiempo que estas palabras eran pronunciadas la situación había cambiado radicalmente: por causa de la persecución, los creyentes precisaban ayuda los unos de los otros, precisaban tener “amor los unos por los otros”. Desde este tiempo vendría a haber mucha hostilidad, no amor, entre el mundo y los “renacidos de Dios”, puesto que “el mundo entero está bajo el maligno” (1ª Juan 5:19). Se estaba aproximando el tiempo cuando pudo ser dicho:

- (El Padre) nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de Su amado Hijo (Colos.1:13).
- Quien quiera hacerse amigo del mundo, se constituye él propio en enemigo de Dios.

En este país donde vivimos conocemos muy poco de persecución al tiempo presente; pero a medida que los días se vayan oscureciendo y abunde la anarquía nos veremos confrontados con los sufrimientos por causa de Cristo, entonces veremos lo necesario que es mostrar dicho amor los unos por los otros.

Hay aquellos en otros países que han conocido durante diversos periodos la importancia por el cuidado de los creyentes compañeros: se han visto forzados a ser de ese modo solidarios por causa del impío estado secular. No en tanto, tal vez, en nuestra sociedad, una sociedad que es apática e indiferente a los asuntos de Dios, haya todavía una más grande necesidad de que reconozcamos este aspecto del andar condigno y de la

voluntad de Dios, el amor y comunión de unos con otros; puesto que la indiferencia de la sociedad en la cual vivimos, por infección pasará la indiferencia y apatía en el creyente a menos que esté despierto a la situación. ¿Por qué soy yo también apático? ¿Será debido a que tú seas apático? ¿Y por qué eres tú así indiferente? ¿Será porque yo soy indiferente? Cada uno de nosotros precisa el soporte y comunión que el otro pueda dar; y si uno cae, todos sufren con él.

Vivimos días en los cuales la hostilidad del mundo y del Príncipe de este Mundo para con el creyente está llegando a un clímax, en un periodo cuando los “tiempos peligrosos” a los cuales se refiere Pablo en 2ª Timoteo 3:1 se aproximan a pasos largos (si es que no estén ya del todo presentes). ¿Cuál es el aviso que nos da Pablo a los creyentes para estos días? Comenzando con el capítulo 2:15: “Procura con diligencia (en el estudio)... la Palabra de Verdad”, y pasa a través de las “profanas y vanas habladurías...a la impiedad” a los tiempos peligrosos, concluyendo dicho pasaje con el aviso:

- Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de Quien has aprendido, y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia; a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra (2ª Timoteo 3:14-17).

La única *enseñanza práctica* para tales tiempos como los que vivimos es que pongamos diligencia a la Palabra de Verdad, reconociendo que todas las Escrituras se dan por inspiración de Dios y son provechosas.

Nuestro primer cometido a medida que vamos procurando conocer y hacer la voluntad de Dios, andando condignamente de nuestro llamamiento y nuestro Señor, debería ser amar a Dios, y llegar a conocer a Cristo. Esto bien puede pasar por un reajuste de nuestras prioridades y nuestros compromisos, bien puede requerir el sacrificio propio con el fin de darse toda diligencia a estos asuntos, pero tal como Romanos 12:1, 2 señala (y tal como hemos sugerido más de una vez en estos artículos), será tan solo a medida que presentemos nuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que comprobaremos cuál sea la Voluntad de Dios.

Tenemos la responsabilidad de fijar nuestras mentes en las cosas de arriba, y no en las de la tierra (Colos.3:2), esto es, la responsabilidad de rellenar nuestras mentes con las cosas de Dios.

- Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios (Rom.8:5-8).

Tal como ya hemos señalado en nuestro previo artículo, la mente puede ocuparse o bien con las cosas de la carne, o con las cosas del Espíritu. Hay aquellos creyentes que se permiten a sí propios “morar” en la carne, y están por tanto continuamente pensando en las cosas de la carne; deberíamos estar todos conscientes que aquí tan solo estamos “de paso”, aguardando que llegue el momento en el cual vengamos a estar en concreción donde nuestras mentes ahora están fijas y asientes. La única y realmente *práctica enseñanza* en la Palabra de Dios debe hallarse en la doctrina que conlleva los principios que debemos cada uno personalmente producir. Nadie puede hacer esto por mí, ni tampoco lo podrá hacer por ti.

- Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente (Rom.14:5)
- Porque, el hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos (Sant.1:8)

Ser de “doble ánimo”, no estar “plenamente convencido” puede llevar al desastre: el hombre de Dios en 1ª Reyes 13 se permitió a sí propio dejarse convencer contrariamente a su convicción, y murió. El hecho de que fuese un profeta quien le presentase la “Palabra de Jehová” no hizo diferencia alguna; él propio no estaba plenamente persuadido en su propia mente. Muchos nos dirán cuál sea la voluntad de Dios para nosotros, pero no debemos acatar sus avisos sin que primeramente procuremos indagando en las Escrituras para ver si es que estas cosas sean así. El aviso *práctico* para la vida Cristiana, para el andar condigno, para descubrir la voluntad de Dios, es poner diligencia a la palabra de Verdad, escudriñando las Escrituras, recordando que cada y toda Escritura es inspirada de Dios, y es provechosa para enseñar, redargüir, corregir e instruir en justicia. El objetivo del esfuerzo (y será bueno que dediquemos una gran cantidad de esfuerzo para hallar el tiempo) es simplemente “llegar a conocerle a Él”, puesto que Él solo es

El Camino, la Verdad y la Vida

El Andar Digno – Efesios

Una vez que estamos considerando el *andar condigno* como una expresión de la Voluntad de Dios para el miembro del Cuerpo de Cristo, vayamos a la epístola de Pablo a los Efesios. En la oración al comienzo de esta carta (1:17-23), Pablo nos deja claramente ver que este *llamamiento* no es otro, sino el llamamiento del propio Cristo en Sí:

- Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que Él os ha llamado (18).

Así pues, este es un llamamiento que está casi por encima de nuestra comprensión: ¿Cómo podremos entender el pleno significado de “Su llamamiento”? Tal vez pueda resumirse en las palabras que utiliza Pablo en otro lugar: “Que sea Dios todo en todos” (1ª Cor.15:28). De ahí que sea necesario al creyente llegar al punto en el cual reconozca en la práctica que, en el nuevo hombre, “Cristo es todo, y en todos” (Colos.3:11).

Pero a medida que consideramos el andar que se cuenta por “digno” en Efesios, descubrimos que, en contraste a la tremenda altura “por encima de todo” al comienzo de la epístola, la posterior sección “práctica” en cambio nos pone de nuevo “los pies en la tierra”. Es en el primer versículo del capítulo 4 que Pablo nos dice:

- Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación (o llamamiento) con que fuisteis llamados

La palabra que utiliza para “digno” tiene el significado, cuando se usa del valor o precio, de “igual valor”, esto es, nuestro andar debería estar “en balance con” o “en igualdad con” Su llamamiento. ¡Aquí reside un tremendo pensamiento! Bien podemos llegar a preguntarnos “¿Quién es suficiente para estas cosas?”, esto es, ¿Quién podrá alcanzar esta posición? Así pues, no nos sorprende descubrir que tenemos que andar “con toda humildad”. O mejor dicho, “con humildad de mente”. Pues para que nuestro andar sea igual con el Suyo, debemos “permitir que esta mente que estaba también en

Cristo Jesús permanezca en nosotros” (Filip.2:5), y esta exhortación se halla en un contexto de “humildad y mansedumbre mental” (vers.3). En ambos casos utiliza Pablo la misma palabra.

Es con esta disposición de mente que da comienzo el andar condigno. Cristo, siendo “en la forma de Dios”, fue llamado a andar con dicha humildad mental, de tal manera que ni tan siquiera “la muerte de cruz” pudo rebajar toda Su dignidad. La “mansedumbre” que este llamamiento demanda de nosotros debe equipararse con esto mismo. Pero “mansedumbre, con longanimidad” también requiere: “gentileza, con paciencia (o resistencia)”. Estas cualidades son necesarias para “perdonarnos los unos a los otros en amor”. Muchas veces es cuando no tenemos la mansedumbre mental que nos impacientamos con nuestros hermanos, pero si somos conscientes de que hay aspectos de nuestro propio carácter donde las otras personas pueden hallar un obstáculo, seremos tiernos con ellas y estaremos preparados para “soportarlos en amor”.

Está claro que este amor es algo que va mucho más lejos de cuanto pasa y se considera por amor en nuestros días actuales; este amor no depende de sentimientos, ni procura gratificación; es un entregarse a sí propio como manifestó el propio Señor, llegando a ser obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. La totalidad del versículo 2 podría resumirse así, “Que esta mente esté en vosotros, la cual estaba también en Cristo Jesús.

Partiendo directamente de este *andar condigno* tenemos la exhortación a ser “solicitos” para “guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”. La palabra para “solicitos” es precisamente la que Pablo utiliza en 2ª Timoteo 2:15, ahí traducida “diligencia” en el “estudio para presentarnos aprobados delante de Dios”. Tal vez aquí sería una mejor traducción “poniendo diligencia en guardar la unidad”. Cuán cuidadosos debemos ser, tanto en palabras como en actos, en nuestros tratos unos con otros para preservar (o guardar) la unidad espiritual. Pues es una unidad que existe por causa de “la paz”. La paz que todos nosotros disfrutamos con Dios fue hecha “a través de la sangre de Su cruz” (Colos.1:20), y es el “vínculo” que nos reúne juntamente. Este vínculo es muy fuerte, y podría traducirse “eslabón”, reunidos en eslabón debido a que cada uno de nosotros tiene paz con Dios. Aquí, como siempre, nuestra comunión unos con otros resulta de una anterior y personal comunión con Dios, y no, como algunas veces se sugiere, que nuestra comunión con Dios dependa sobre nuestra buena relación unos con otros.

Cuando llegamos al versículo 4, *La Companion Bible* sugiere lo siguiente “vosotros sois, un cuerpo”, en vez de tan solo, “un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación”. Así nos parece que suple mejor el sentido: *estando vinculados juntamente con la paz*, dice Pablo, *vosotros sois un solo Cuerpo, y de hecho, tenéis un solo Espíritu*, pues, “si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de Él” (Rom.8:9). Sobre este fundamento es muy difícil que no se guarde la unidad espiritual, si bien todos sepamos por nuestra propia experiencia que, a pesar del hecho de que seamos uno en Cristo, es demasiado fácil que dicha unidad desaparezca en algunas ocasiones. De ahí la necesidad en “poner diligencia” a este asunto.

Y todavía tenemos además, “Un solo Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el Cual es sobre todos, y por todos, y en todos”. Dios es Quien ha suplido la más sólida base posible sobre la cual se preserva la unidad espiritual. El egoísmo, en todas sus variables y multifactoriales formas, destruye aquello que Dios ha establecido ¡Cuán necesario es que tengamos en nosotros esta misma mente que hubo también en Cristo Jesús!

La más importante, y por tanto, la más práctica instrucción concerniente al andar digno es “doctrinal” o “teológica”. Aquí tenemos hechos básicos que no dependen sobre nosotros de ninguna manera, todos son de Dios. A estos hechos deberíamos “poner diligencia”, “estudiándolos” hasta que lleguemos a “reconocerlos”, y a “reconocerlos” en nuestros tratos unos con otros. Pero debemos tener en cuenta que el andar condigno no significa que todos tengamos la misma responsabilidad, las mismas capacidades. Estas se otorgan “de acuerdo a la medida del don de Cristo” (Efesios 4:7).

- Pero (o mejor dicho, por esta razón) Él...dio dones a los hombres.

Los dones que Pablo menciona en particular son *dones de ministerio* otorgados por ciertos y particulares motivos:

- A fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del Cuerpo de Cristo; hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Efesios 4:12, 13).

Así pues, está claro que primariamente la Voluntad de Dios para el creyente, y por tanto el *andar condigno*, se relaciona con el bienestar del Cuerpo. ¿Es así que vivimos nuestras vidas?

A seguir Pablo viene a referirse a lo opuesto, esto es, el “andar indigno”. El *andar indigno* tiene mucho que ver y es relativo con la doctrina, esto es, la doctrina del “error”. Su deseo, de Pablo, es que “ya no seamos niños”, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por las opiniones y enseñanzas de hombres, sino que deberíamos ya ser maduros en Cristo. En contraste con mantener las doctrinas del error, el creyente debería estar “hablando la verdad en amor”, o más precisamente, “andando verdaderamente en amor”. Hablar la verdad en amor, claro está, que está incluido, pero la idea que conlleva es mucho más amplia: estando en la verdad, incorporando la verdad, produciendo la verdad. El objetivo es que podamos “ser edificados (a madurez) en Él en todas las cosas” (Efesios 4:15). Él es la Cabeza:

- De Quien todo el Cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor (Efesios 4:16).

Otra vez se enfatiza aquí el bienestar del Cuerpo, y la necesidad de ir madurando. También se debe a “la actividad propia de cada miembro”. Si el Cuerpo ha de llegar a madurar, entonces cada uno de nosotros tiene un contributo a dar, sin tener en cuenta cuán pequeño pueda parecerse dicho contributo. Si esta es “la gracia según la medida del don de Cristo”, entonces es tan importante a Sus ojos como el contributo llevado a cabo por el más dotado de los hombres.

Los versículos 17-19 exponen el tipo de andamiento *que no es* la Voluntad de Dios para el creyente, y eso es debido a que “vosotros no habéis aprendido así a Cristo”. Aquí viene la exhortación a “despojarnos...el viejo hombre...y a vestirnos con el nuevo hombre”. Una exhortación similar se encuentra en Rom.13:13, 14:

- Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contienda y envidia, sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne.

Aquí también la idea está puesta en el ponernos como un vestido al Señor Jesucristo: en nuestra conducta, en nuestro andar, deberíamos “dejar claro y a la vista” a nuestro Señor.

Habiendo comparado el vestuario con el nuevo hombre, Pablo continúa en Efesios 4:25, y en adelante, por exponer lo que esto significa: *Desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo*, y cualquiera que pueda ser el preciso significado del versículo 26, está claro que, con urgencia, la ira debe ser puesta de lado lo más rápidamente posible; pues no se debe dar lugar al diablo. Deberíamos ser lo más cuidadosos posible, no haciendo nada, no yendo a ninguna parte, de hecho no pensar nada, en lo cual pueda operar el diablo. El que antes era ladrón debe ahora trabajar, y así ser capaz de ayudar al necesitado; la conducta debería ser de tal orden como para edificar y ministrar la gracia a los oyentes. No debemos hacer nada que agrave, cause dolor o pesar al Espíritu Santo. Antes bien deberíamos ser “benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándonos los unos a los otros, como Dios también nos perdonó a nosotros en Cristo” (4:32).

Pablo continúa por las mismas líneas al principio del capítulo 5, intercalando prácticas exhortaciones con declaraciones doctrinales. A seguir, desde el versículo 22 trata con las relaciones personales. La relación entre el marido y la esposa debería caracterizarse por la de Cristo hacia la Iglesia. Los hijos tienen que obedecer a sus padres “en el Señor”; los padres no deben provocar a ira a sus hijos, sino “criarlos en disciplina y amonestación del Señor”. Los siervos deben ser buenos empleados, no con temor y temblor ante la presencia de sus amos, sino delante de Cristo, haciendo así de corazón toda la voluntad de Dios. Los amos a su vez se tienen que comportar de similar manera, reconociendo que ellos también tienen un Amo a Quien, como amos, tendrán que prestar servicio.

Hasta aquí Pablo ha venido ocupándose con la conducta, con la comunión y con las situaciones que son comunes a todos. Pero, ¿Qué ocurre con las situaciones peculiares del individuo? Es en este punto donde tan a menudo experimentamos las dificultades a la hora de reconocer la Voluntad de Dios. Él continúa diciendo (5:10):

- Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de Su fuerza.

“Por lo demás”, esto es, “en cuanto a lo restante”: de aquellos asuntos que son

individuales y a los cuales él no hace referencia alguna - ni tampoco puede hacerlo, él dice solamente: “Fortaleceos en el Señor, y en el poder de Su fuerza”. ¿Qué más podría decir? “Fortaleceos (o capacitaos) en el Señor”, él ya había exhortado a “vestirnos con el nuevo hombre”. Pero esto no es todo, pues la capacitación está además, no en nosotros, sino “en el poder de Su fuerza”. La palabra traducida “poder” (*kratos*) es la que de su proveniencia se derivan nuestra *democracia*, *teocracia*, etc., y tiene el significado del “poder de dominio, o gobernación”, y así, es en Su fuerza solo donde reside el poder para “dominar” cualquier situación que pueda sobrevenirnos; el poder para gobernar cada una de nuestras situaciones y actos.

Nada nos sorprende, por tanto, que a seguir nos diga: “Vestíos de toda la armadura de Dios”. La “armadura” que precisamos es Cristo Mismo, “para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo”. Aquí la palabra que se traduce tanto *para* como *contra* es la pequeña palabra *pro* que generalmente tiene el significado de *hacia*. Hay situaciones algunas veces de las cuales escogeríamos huir, acatar “la vía de menor resistencia”, sin embargo Cristo tiene el dominio en dichas situaciones, y deberíamos mirar *hacia* dichas circunstancias en “el poder de Su fuerza”, pues es en estas situaciones que se nos presentan las astutas artimañas del diablo para provocar nuestra caída. Pablo le recuerda a sus oidores, y por tanto también a nosotros, que, a menudo, cuando hay personalidades envueltas, y, tal vez, temamos ser ofensivos, no batallamos contra sangre y carne, sino contra seres espirituales, tanto del orden más bajo como de un rango más alto, quienes están procurando nuestra inactividad. Teniendo esto en cuenta, dice el Apóstol, *tomad toda la armadura de Dios*, la *panoplia* (el equipamiento de la armadura del soldado) de Dios. Una vez que se toma esta armadura, tenemos a la mano todo tipo de armas de defensa, con el fin de que podamos resistir firmes en el día malo, y habiendo acabado todo, permanecer en dicha firmeza.

Ha llegado a sugerirse que, en la lista del equipamiento que se nos pone delante, no tenemos protección alguna para la espalda. Pero si miramos en detalle el equipamiento disponible para nosotros toda la *panoplia* puede resumirse en el Señor Jesucristo. Lo primero en dicha lista es los lomos de la verdad; sin la Verdad no tenemos hipótesis ninguna de tratar con estas difíciles situaciones, sin embargo, Aquel en Cuyo poder y fuerza tenemos que estar firmes en esta oposición, es Aquel que clama “Yo soy...la Verdad”. La “coraza de justicia”, ¿Qué puede ser esto sino Cristo viviendo en y a través de nosotros? Calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz, esto se nos provee a través de “la sangre de Su cruz” (Colos.1:20); el escudo de la fe, ha sido sugerido, es

Cristo en Sí (Jehová le dijo a Abraham: “Yo soy tu escudo” (Gén.15:1); el yelmo de la salvación tan solo puede provenir del propio Cristo, y la espada del espíritu, que es la Palabra de Dios, nos habla de Cristo, Quien a su vez es la Palabra Viva. Todo se resume a Cristo en nosotros.

Cuando cada miembro del Cuerpo toma consigo toda la armadura de Dios, “orando en todo tiempo...con toda oración y súplica...por todos los santos” (18) se forma una tremenda e invencible falange. Se ha dicho que cuando los soldados romanos formaban filas juntándose el uno al otro con sus armaduras y escudos, no había carros que pudieran quebrar sus ejércitos; antes bien sucumbían los carros y tenían que retirar sin desarmarlos. ¡Cuán grande es la dependencia que hay entre los unos y los otros! Mismo cuando venimos a la cuestión de descubrir la Voluntad de Dios para nuestros problemas personales.

El andar que es digno de este más alto de todos los llamamientos es muy manso: con mansedumbre de mente, con la paciencia y el perdón, con el mutuo cuidado, viviendo simple y diariamente en nuestro tipo de vida, pero haciéndolo “como para el Señor, y no para los hombres”, viviendo revestidos con el Señor Jesucristo, para que nuestras vidas sean gobernadas por Su poder, orando siempre por todos los santos. Tal vez podamos resumirlo todo en los dos primeros versículos del capítulo 5:

- Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados, y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a Sí Mismo por nosotros, *ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante.*

El Andar Condigno – Colosenses (1)

En el último estudio vimos cómo refleja el “andar digno” la Voluntad de Dios para con el miembro del Cuerpo de Cristo, tal y como se muestra para nosotros en la Epístola a los Efesios. En el presente estudio deseáramos ver cómo Su Voluntad para con nosotros se refleja en la exposición del andar condigno en Colosenses. Hay una serie de declaraciones repetidas de los factores envueltos, pero junto con nuevos pensamientos y expansiones.

La oración de Pablo desde Colosenses 1:9 en adelante tiene mucho que ver con

nuestro sujeto. Tal como en el caso de la oración en Efesios 1, así también aquí la oración es “teniendo en cuenta” y “en respaldo de” la fe de los creyentes “en Cristo Jesús, por el amor que tenéis a todos los santos” (Colos.1:4, 8). Ora diciendo:

- “Que seáis llenos del conocimiento de Su Voluntad”

Que estemos completos con el conocimiento de Su Voluntad. Pero no utiliza la palabra griega, sin embargo, para el simple conocer (*gnosis*), sino el *sobre-conocimiento* (*epignosis*), que muchas veces se toma significando “un más íntimo y extensivo conocimiento”, y otras veces “reconocimiento”. No hay razón alguna para que estos dos pensamientos no sean incluidos juntos aquí. Como vemos, el *conocimiento* que estos creyentes Colosenses poseían, tenía por finalidad y resultado la “fe y el amor”, pero la fe sin un *más íntimo conocimiento* puede ser una fe “ciega”, esto es, mera credulidad: *El amor sin fundamento de verdad puede inducir en el error.*

Es digno de observar que en las dos epístolas en prisión principales restantes (Efesios y Filipenses) la oración inicial tenga que ver con *epignosis*:

- Os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el *conocimiento* de Él. (Efesios 1:17).
- Que vuestro amor abunde aún más y más en ciencia y en todo *conocimiento* (Filip.1:9).

Esta última referencia nos guía al tremendamente desafiante tercer capítulo con su reclamo a imitar al Apóstol Pablo en su deseo para con Cristo Jesús: “*llegar a conocerle*”.

Hay, además, ahora en esta oración en Colosenses, la misma inferencia, pues Pablo pide “que seáis llenos en el conocimiento de Su voluntad”, y después de enumerar las glorias de Cristo desde el capítulo 1:13 en adelante, concluye diciendo (2:10): “Y vosotros estáis completos en Él”

Está muy claro, por tanto, que el conocimiento de la voluntad de Dios se halla en el conocimiento de Cristo, y es con esta finalidad, “Que andéis como es digno del Señor”. El “andar digno” requiere el *íntimo conocimiento* de Cristo.

En ninguna esfera podrá el conocimiento que no sea práctico ser de valor alguno: Aquí también, el conocimiento que tenemos, y el íntimo y posterior conocimiento que vamos adquiriendo, precisa ser puesto en práctica, precisa ser *reconocido*; de ahí que hayamos sugerido anteriormente que ambos pensamientos deberían ser incluidos en este caso. La frase “en toda sabiduría y entendimiento espiritual” está en sintonía con la idea puesta en la oración de Efesios por “el espíritu de sabiduría y de revelación” (Efesios 1:17), y nos recuerda que el conocimiento de Cristo *no nos llega ni lo obtenemos* por medio de razonamientos, sabiduría o habilidades humanas. Precisamos que Dios nos conceda la sabiduría espiritual, la habilidad que nos despliegue las superlativas glorias de Cristo y nos deje ver Su lugar a la diestra de Dios “en los lugares celestiales”. Todo esto se necesita con la finalidad de que podamos “andar dignos del Señor”.

Recordando que el *andar condigno* es vivir una vida en “balance” o igualdad con el Señor, podremos comprender en alguna medida el por qué sea todo esto necesario, cuando venimos a considerar las glorias de nuestro Señor y Cabeza que se nos muestran al detalle posteriormente en este primer capítulo.

El andar condigno, y por tanto la Voluntad de Dios para cada uno de nosotros, es “para agradarle en todo”, que podría de otra manera ser dicho, andando “con todo deseo para agradar al Señor”. Hay versiones que ponen, “guiados a una vida condigna del Señor, plenamente agradables para Él”: *Cada deseo que tengamos que sea para agradarle a Él en todas las cosas* nos parece que resume bien la idea. ¿Estamos de esa forma motivados? La oración continúa diciendo:

- Agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra.

Esto parece sugerir que, estando ocupados en “toda buena obra”, seremos “fructuosos”. Sin embargo no es así, las “buenas obras” no son en sí el fruto: *Portando fruto en toda buena obra* es más preciso, sugiriendo así la “buena obra” como la esfera en la cual se porta el fruto. Y esto nos lleva a la cuestión: ¿Qué son las “buenas obras”? ¿Son aquellas actividades conocidas popularmente hoy en día como “buenas obras”? Tenemos una referencia en Efesios 2:10 que trata con las buenas obras que podrá ser provechosa:

- Porque somos hechura Suya, creados en Cristo Jesús para *buenas obras*, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas.

Esto debería dejarnos bien claro que las buenas obras son el “andar condigno”, pues nos dice que “andemos en ellas”. El “andar” se equipara con la “vida”: *las buenas obras son la vida del creyente*, no actividades a tiempo parcial o por separado. Esto podemos verlo claramente en Tito 3:14:

- Y aprendan también los nuestros a ocuparse en buenas obras para los casos de necesidad, para que no sean sin fruto.

Aquí de nuevo “las buenas obras” y el llevar o “portar fruto” están vinculados juntamente. Estas buenas obras son para los “casos de necesidad”. *Los nuestros*, dice el Apóstol, tienen que portar fruto en buenas obras para los casos necesarios, para lo que se precise. Tal vez podamos simplificar esta expresión por “las necesidades”, portando en mente el énfasis. Muchos de cuantos se incluyen por el término “nuestros” en aquel tiempo habían sido profanos, se acababan de convertir de la idolatría, la cual estaba (en el más amplio sentido) “permitida”. Algunos de ellos habían estado recibiendo sus salarios por sus labores y ocupaciones directamente dependientes sobre la adoración de una deidad pagana, tal como en el caso de los “plateros” en Éfeso (Hechos 19:23-27), otros habían estado así ocupados indirectamente, como en el caso de los alimentos dedicados a los ídolos y vendidos en las “carnicerías” en Corinto, donde una gran cantidad de carne se ofrecía en sacrificio a dichos ídolos. Para contrarrestar estos antecedentes viene a estar muy claro que, las “buenas obras”, son ocupaciones, los medios de vida, que fuesen honesta y moralmente útiles y provechosos. En tales circunstancias la selección de una ocupación que fuese digna de su profesión cristiana bien podía significar una considerable reducción en sus salarios, y su consideración no debería ser primariamente para obtener provecho propio, sino antes bien, proveer para los casos de necesidad que apareciesen, lo cual era honesto y bueno.

Posiblemente la circunstancia hoy en día sea aún más complicada que en los días del Apóstol. El paganismo o idolatría, si bien que de un tipo diferente, se haya tan difundido actualmente como entonces. Hace unos treinta o cuarenta años atrás un hombre de negocios señaló que “Es casi imposible ser un cristiano y negociante hoy en día”, y en los años transcurridos desde entonces no hubo mejoría alguna en la situación, sino todo lo contrario. A la hora de procurar empleo o una mudanza de empleo existen ciertas áreas en las cuales debería ser evidente para el creyente que no debe hacer parte; también debería estar claro que el primario interés debería ser la reputación de la

ocupación antes que el provecho lucrativo. Sin embargo, hay muchas ocupaciones donde no hay tal claridad: Algunos editores publican literatura pornográfica: ¿Significa esto que ningún creyente puede tener parte en la industria editorial? Aquí pareciera que la ocupación es honesta y ampliamente de buena reputación, y por tanto apropiada para el creyente, pero si la Compañía que esté en cuestión es conocida por sus indeseables publicaciones, dicha “Compañía” no puede considerarse que provea las “buenas obras”. En muchas esferas o campos de los modernos negocios tan solo el individuo puede decidir por sí mismo, a la luz de la Escritura y su conciencia delante de Dios. ¿Qué sucede, por ejemplo, en el caso de que una familia de creyentes se dediquen a criar perros de pelea y que reclamen diciendo que tan solo crían dichos perros, que nada tienen que ver con el uso que venga a darse a esos perros una vez vendidos? ¿Por qué propósito, y cuál es el origen, por el cual se podrán poner perros criados para las peleas? Pablo se refiere a algunos en los siguientes términos:

- Profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes, *reprobados* en cuanto a toda *buena obra* (Tito 1:16).

Aquí tenemos algunos que no estaban dispuestos a reconocer el conocimiento de Dios en Cristo que había llegado a hasta ellos y profesaban haber recibido. El significado de *reprobado* (*adokimos*) es “no pasar correctamente la prueba”, y de ahí “indignos”. La prueba o examen del creyente es saber si está listo para poner en práctica (reconocer) aquello que profesa, que conoce a Dios, aun cuando, si necesario, tenga que llegar al extremo de reducirse a las necesidades básicas de la vida, esto es, si bien su andar sea “digno”, o “indigno”.

Claro está que las “buenas obras” en el sentido popular de la expresión no están excluidas: aquí pueden encontrarse ocupaciones dignas y apropiadas para un creyente, donde pueda recibir un salario un poco superior para poder suplir “en caso de necesidad”. Para algunos, una u otra de tales buenas obras pueden proporcionarles una útil ocupación de tiempos libres. El examen debe siempre ser: ¿Es esto lo que “Dios ha preparado de antemano para que andemos en ello”? Es por tanto muy significativo que Pablo continúe orando (Colos.1:10):

- “Y creciendo en el conocimiento de Dios”.

Si nuestro conocimiento (y reconocimiento) de Dios se paraliza, igual sucederá a

nuestro conocimiento de Su Voluntad, y de manera imperceptible nuestro andar se irá deteriorando de “digno” a “indigno” sin remedio alguno. Considerando estos asuntos alguno podrá cuestionar: “¿Quién es suficiente para estas cosas”? o ¿Quién será capaz de alcanzar un tal estándar? Pablo reconoce la dificultad envuelta en el andar condigno, y es por eso que lo vemos orando también (11):

- Fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de Su gloria.

Al tiempo que reconocemos la fragilidad de nuestra carne, ahí nos llega también la garantía de que Dios nos capacitará con toda la habilidad. Aquí tenemos en eco repetido el clamor del Apóstol en Filipenses 4:13:

- Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.

Además, la capacitación es “de acuerdo a Su glorioso poder”, o la potencia de Su gloria. Cuán importante entonces es que oremos por “el espíritu de sabiduría y revelación...para que podamos conocer...cuál sea la sobreexcedente grandeza de Su poder para nosotros los que creemos”; y esto, una vez más, es “según la operación del poder de Su fuerza”, la energía de la fuerza de Su poder. Aquí se halla la habilidad, energía, poder por encima de toda descripción, y sabemos que fue con la cual:

- ... que operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a Su diestra en los lugares celestiales, por encima de todo... (Efesios 1:17-23).

El Andar Digno – Colosenses (2)

Envuelto en el *andar condigno* tenemos también “toda paciencia y longanimidad con gozo”. Aquí se añade el “gozo”; ¡Es bien posible soportar y ser longánimos sufriendo miserablemente! Sin embargo, con una tan tremenda suficiencia disponible, y reconociendo todo lo que expresamos al final del capítulo anterior ¿Cómo es posible que no andemos además sino con regocijo? Hay algunas dudas e incertezas “con regocijo”, y la duda es si debamos o no vincular esta expresión con “paciencia y longanimidad”, o además con “ser agradecidos para con el Padre”.

Por el creyente, ¿Podrían aplicarse ambas cosas? Ciertamente, a medida que consideramos todo aquello por lo cual tenemos que “dar gracias al Padre”, esto debería

llenar nuestros corazones con regocijo, más que cualquier otra cosa. Comenzando con que Él nos ha hecho:

- Participes de la herencia de los santos en luz...a nosotros que en otro tiempo estábamos alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo (Efesios 2:12).

¡Pensar que nos haya hecho así “participes” de una tal herencia está por encima de toda comprensión! Además, nos ha rescatado de la potestad de las tinieblas, “y nos ha trasladado al reino de Su Amado Hijo”. Está claro que una exposición de todo esto y los siguientes versículos, es algo que está por encima del alcance de este estudio; pero en este pasaje están las bases, tanto del regocijo cristiano como del andar condigno. Observe como ora Pablo: “Para que andéis dignos”: esto inevitablemente indica a Cristo y Sus glorias; ahora bien, sin que vengamos a apreciar y comprender todo esto, es imposible que andemos condignamente. Las bases de toda nuestra creencia, experiencia y servicio vienen a seguir (1:14):

- En Quien tenemos redención por Su sangre, el perdón de los pecados.

Es cierto que todos los textos críticos griegos omiten “por Su sangre”, pero a la luz del versículo paralelo en Efesios 1:7 no puede haber duda alguna que la idea está muy presente en la mente de Pablo, pues posteriormente se refiere a la “paz por la sangre de Su cruz”. Observe la extensión de dicho perdón (cap.2:13), *habiéndoos perdonado todos los pecados*. Y ahora viene a seguir una descripción de Aquel por Quien tenemos esta herencia, a través de Quien hemos sido rescatados de la autoridad o potestad de las tinieblas, y en Quien tenemos esta gran redención. Él es “la imagen del Dios invisible”. Definiendo la palabra para “imagen” (*eikon*) el *Léxico Concordancia* del Dr. Bullinger declara:

- “Denota, no solamente la imagen, sino además el modelo...”

En Cristo está *el modelo* del Dios *invisible*, un pensamiento que se expande en el versículo 19: “Por cuanto agradó al Padre que en Él habitase *toda plenitud*”, o de nuevo (2:9) “Porque en Él habita corporalmente *toda la plenitud de la deidad*”. Bien puede estar por encima de toda nuestra comprensión lo maravilloso e inmenso de esta realidad, sin embargo sigue siendo verdad, que en algún sentido, Dios está totalmente presente en

Cristo. Él es además “el Primogénito de toda la creación” y esto debido a que “por Él fueron todas las cosas creadas”, y el resto del versículo 16 claramente pone el énfasis sobre *todas las cosas*, tal como Juan lo pone en su evangelio (Juan 1:3):

- Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En Él estaba la vida.

Así pues, Él es en Sí Mismo el Creador, el Origen y Fuente de toda vida, un punto que se enfatiza posteriormente por el siguiente versículo (Colos.1:17):

- “Y Él es antes de todas las cosas, y en Él todas las cosas subsisten”.

Todas las expresiones tales como “la piedra angular”, “fundación” y “cabeza” conllevan juntas este pensamiento. Sin Cristo, aun cuando fuese posible una creación, se destruiría irremediamente; no podría “subsistir”. La totalidad del universo, la totalidad del orden creado, depende de Él tanto para su existencia como su manutención. Ningún otro ser es de tanta importancia que el Señor Jesucristo.

El contexto de estos tres versículos nos deja ver claramente que “Primogénito” no significa el *primer ser creado*, como algunos equivocadamente afirman, en cuyo caso “el primer ser creado” adquiriría mayor importancia que el Creador. Él además “es la Cabeza del cuerpo, la iglesia: Quien es el principio, el Primogénito de los muertos”, y esto es así en esta esfera (la iglesia que es Su cuerpo) “para que en todas las cosas tenga la preeminencia”; y tal vez sea esta la más completa y satisfactoria definición del andar condigno.

A través de Él además se da la reconciliación y la paz, “por la sangre de Su cruz”. No podemos dudar a la hora de incluirnos a nosotros mismos dentro del alcance de los versículos 21 y 22:

- Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en Su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha delante de Él.

Estos pensamientos nos guían a la afirmación de que el creyente está unido con Cristo (Colosenses 2:10-13), y esto por su vez a la exhortación del capítulo 3:1-5. Aquí

está el secreto subyacente del andar condigno, y del conocimiento de la voluntad de Dios:

- Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira (o mente) en las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios, no en las de la tierra.

No será antes que estos asuntos “doctrinales” han sido tratados, como haciendo parte del andar digno, que Pablo entonces nos detalle las instrucciones “prácticas”. Estas directrices son en gran medida una repetición de las similares instrucciones dadas en la epístola a los Efesios. Por este tan alto llamamiento, por este glorioso Señor y Cabeza, el andar condigno en sus aspectos “prácticos” es vivir una vida normal y común en la tierra, pero “como para el Señor, y no para los hombres”, con la mira “puesta” en las cosas de arriba, en el propio Cristo a la diestra de Dios por encima de toda potestad y poder y gloria. Así pues, bien podemos decir:

Esta es la Voluntad de Dios que nos concierne

Resumen

Una vez que hemos concluido esta serie de artículos sobre la Voluntad de Dios, nos gustaría repetir lo que dijimos al comienzo: Este tema de ninguna manera es sencillo de adquirir. Hemos procurado abordarlo de manera comprensiva, aunque no de manera exhaustiva. Creemos haber sido capaces de cubrir los puntos importantes que ahora nos proponemos resumir, pero al hacerlo así, debemos resaltar que ***no es posible*** establecer ciertos principios que, cuando aplicados, nos revelarían de inmediato la voluntad de Dios en cualquier circunstancia que se presente. El único aviso seguro por tanto que se puede dar es *tener una correcta relación con el Señor Jesucristo Mismo*; esto, creemos nosotros, aclarará todo, aun cuando los artículos previos que ahora resumiremos a seguir hayan fracasado haciéndolo.

En el primer artículo de esta serie abordamos el pensamiento de Rom.12:1, 2, donde la idea clave es “rendirnos en sacrificio vivo”, que de ninguna manera es un pensamiento popular en los días actuales que vivimos. Esta aversión e impopularidad surge por el olvido y la negligencia; el olvido de las “misericordias de Dios” a las cuales

Pablo llama la atención en esta misma Escritura como el fundamento firme de su apelo, y la negligencia o desinterés por la “gloria” que siempre acompaña los pensamientos del sacrificio y sufrimiento en la Escritura. Así se sugiere en Romanos 12:12: *Transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento (mente)*, donde la palabra “transformaos” es la misma que se traduce “transfigurado” en el pasaje donde se registra *la Transfiguración del Señor*.

El Señor, siempre que le hablaba a los discípulos de Su muerte, les refería a seguir Su resurrección, por ejemplo, Mateo 16:21:

- Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día.

El mismo pensamiento de sufrimiento y sacrificio aparece en la primera carta a los Corintios:

- ¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, de todo se abstiene, ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros una incorruptible. Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado (1ª Corintio 9:24-27).

Si “ellos” están preparados a hacer sacrificios por una mera corona de laurel que rápidamente se seca y perece, ¿cuánto más incentivados debemos estar nosotros por una “corona” que perdura para siempre eternamente?

En íntima asociación con la idea del “rendirnos” sacrificialmente se halla la de “santificación”, de separación para Dios, de tal modo, que la vida entera se vive “para el Señor” (Colos.3:23), un pensamiento combinado que hemos ido repitiendo frecuentemente en nuestros estudios de este sujeto. El creyente es alguien que ha “recibido la adopción”, la posición que el hijo ocupa. Dios le ha recibido como a “Mi amado Hijo, en Quien tengo complacencia”. Es contado por Dios como maduro espiritualmente y debería por tanto vivir en dicha madurez, vivir su vida como Cristo.

Pero, ¿cómo vamos a vivir como Cristo a menos que le conozcamos? Ciertamente, mientras mejor le conozcamos, más podremos vivir como Él es. De ahí la importancia de “llegar a conocerle”, y el valor de dicho conocimiento era tan grande para Pablo que no escatimaba ningún sacrificio, ningún sacrificio le parecía demasiado grande con el fin de incrementarlo (Filip.3:7-11, y observe la asociación de la “resurrección” con “la participación de Sus padecimientos”)

¿Se atrevería alguno de nosotros comparar favorablemente nuestro conocimiento de Cristo con el de Pablo? Pablo había descubierto que mientras más conocía de Cristo, más grande era su deseo de conocerle todavía mejor – un deseo que para Pablo, o cualquiera de nosotros, tan solo puede cumplirse cuando “le vemos a Él, como Él es”. A medida que ponemos en práctica aquello que conocemos de la Voluntad de Dios para con nosotros, procurando ser agradables al Señor, mejor llegamos a conocerle, y mejor equipados estaremos para conocer más y más de Su Voluntad para con nosotros. Particularmente en el aspecto más personal de este asunto, es decir, en aquellas circunstancias que son inequívocamente solo nuestras propias, Su Voluntad pasa a ser más clara y evidente mientras mejor le conozcamos.

En las más amplias esferas de la vida cotidiana, tal como hemos visto tanto por la epístola a los Efesios como la de Colosenses, es un simple asunto de vivir una vida común y normal cada día, pero con un motivo diferente de aquel que tiene “el hombre de la calle”, esto es, con el objetivo de ser “agradables para el Señor”.

Conocer la Voluntad de Dios para conmigo, en mis particulares circunstancias, no es algo para nada fácil. La mayoría de nosotros habremos visto ya o antes o después “Darby y Juana”; una anciana pareja que habían estado viviendo juntos por mucho tiempo, habían por experiencia conocido lo que supone “la participación del padecimiento” en el transcurso de su matrimonio, habían compartido sus alegrías y pesares, y ahora no tan solamente pensaban igual, sino que (a menudo) aun mismo parecían iguales. Una tal pareja así nos presenta a todos nosotros una parábola, a todos cuanto seriamente procuran conocer la Voluntad de Dios; vive, pues, en íntima proximidad con el Señor, y a medida que tu conocimiento de Él se vaya incrementando, tú irás sin esfuerzo alguno pensando “igual” que Él, y en los actos también.

La oración que por encima de otras deben hacer aquellos que diligentemente deseen conocer la Voluntad de Dios es,

Para que pueda conocerle a Él
